

Nos toca "conservar el depósito de la fe". (73). "Anunciar la palabra de salvación", (74) dispensar los misterios de Dios", (75) "establecer su reino entre los hombres". (76).

Somos sacerdotes.

Enviados.

Tenemos que cumplir nuestra misión de Evangelizar el Reino de Dios.

Pero esta misión se desarrolla en el tiempo.

Hemos de ser hombres de nuestro siglo. Conocer sus problemas, sentir sus inquietudes, vibrar con sus angustias.

El Verbo eterno se hizo carne, para "que toda carne viera la salvación de Dios". El sacerdote ha de encarnarse en su generación para que al través de su acción los hombres se acerquen al Señor.

Unidos íntimamente con Dios por la vida interior, unidos fuertemente con nuestros fieles por la vida de acción seremos, en realidad, "pontífices" los que establecemos el puente entre la humanidad y Dios.

En el vivir pleno de nuestra vocación apostólica —sacerdocio eterno realizado en el tiempo— en el llenar cumplidamente nuestra misión de "anunciar la buena nueva de salvación" hallaremos la fuente de nuestra dicha cumplida, en el tiempo y en la eternidad.

"Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis". (77).

Ni la contradicción ni la muerte os podrá arrebatar el gozo inefable de

"evangelizar el Reino de Dios".

(73) *1 Tm.* 6, 20.

(74) *Hch.* 16, 17.

(75) *1 Co.* 4, 1.

(76) Plenitud de riquezas que incluye la presencia de Cristo.

(77) Tr.: "Y vuestro gozo nadie os lo quitará".

—::—

RESPUESTA SACERDOTAL A LOS MALES DEL MOMENTO (III-1954)

Amados Sacerdotes:

Una vez más, siguiendo una costumbre no interrumpida en 15 años os hablo al final de vuestros ejercicios espirituales. Nos hallamos en el "tempus acceptabile" y en el "diem salutis" (1) de que nos habla la liturgia cuaresmal. Con ella también y con voz de Pablo os añadimos: "exhortamur, ne in vacuum gratiam Dei recipiatis" (2).

(1) Tr.: "Tiempo aceptable, día de la salvación".

(2) Tr.: "Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios", *2 Co.* 4, 1.

He querido este año escribir previamente lo que voy a deciros. Me mueve a ello, la gravedad del momento y la presición necesaria con que deseo abordar los temas que aquí os trato.

I.— *Gravedad del momento*

No desearía que de mis palabras quedara una nota pesimista, pero deseo que toméis conciencia de la realidad.

Tres grandes movimientos contrarios a la Iglesia se desarrollan con especial fuerza e intensidad; el protestante, el comunista y el paganizante.

No cerremos los ojos ni nos refugiamos tras unas cuantas frases hechas. El protestantismo avanza en forma creciente y día a día se hace de nuevos prosélitos. Vosotros sois testigos de una campaña que rápidamente crece en fuerza y extensión.

El comunismo continúa en forma hábil su labor. Le sirven poderosamente de ayuda las pésimas condiciones sociales en que gran parte de nuestro pueblo se encuentra sumido. La miseria está a las puertas de muchos hogares, y el hambre nunca ha sido buena consejera.

La paganización de vida, se demuestra en dos corrientes principales: la laicista impulsada por la masonería y el desenfreno de las costumbres que, por desgracia, invade cada vez más el campo católico.

Estos tres movimientos van minando en forma rápida la fe y las costumbres públicas y privadas. Nos hallamos en el inicio de un proceso rápido de descristianización, que mañana puede ser casi total.

No nos engañemos con los participantes en una procesión o con los que una vez al año (p. ej. Navidad) van a Misa. Son huellas cristianas que no alcanzan a acusar una vida cristiana.

No es el momento de lamentarse sino de obrar. Un clero celoso, activo y sobrenatural, puede hacer mucho si sabe llevar adelante en forma organizada y constante su labor evangelizadora.

Vosotros sois capaces de hacerlo. Conozco vuestros sacrificios y trabajos, y por eso confío en vuestra labor.

Pero ésta debe ser precisada y a ello obedecen mis palabras.

1) Tomad conciencia de que nuestra labor es misionera. No somos ya tanto los conservadores de un patrimonio, como los conquistadores de un mundo que no nos pertenece. Es duro decirlo, pero hay que decirlo.

Nuestra labor es en primer lugar de *evangelizar*. Cristo no es conocido. Su doctrina es ignorada. Su moral o se desconoce o se desprecia. Evangelizar es ante todo anunciar.

Este anuncio ha de hacerse primero por una predicación auténticamente evangélica. Hay que dar a la predicación su trascendental importancia. Predicar mucho. Predicar sólido. Predicar claro. Predicar mucho. San Pablo dice que hay que hacerlo "opportune et importune" (3). El mismo Apóstol se siente reo de maldición si no predica.

"Vae est autem mihi si non evangelizavero" (4).

Predicar sólido A: Cristo. Hay que hacerlo conocer. Su doctrina. Hay que predicar el dogma: Sobran sermones literarios, sensibleros y vacíos. Se precisa "in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi" (5).

(3) Tr.: "Con ocasión y sin ella". 2 *Tm.* 4, 2.

(4) Tr.: "¡Ay de mí si no evangelizo". 1 *Co.* 9, 16.

(5) Tr.: "Evangelizar a los paganos las inagotables riquezas de Cristo". *Ef.* 3, 8.

Predicar claro. Palabra sencilla, adaptada al auditorio, llena de unión y de caridad.

Hay que evangelizar, dando al Catecismo su importancia. Hemos descuidado el Catecismo. En muchas parroquias o no se hace o se hace mal. No hemos tomado con empeño la enseñanza en las escuelas fiscales. El Catecismo hay que hacerlo atrayente, vivo, formador. No se trata de enseñar fórmulas. Se trata de enseñar a vivir en cristiano. Hay que formar a Cristo en las almas que Dios nos entrega. De otro modo, nuestra acción es infecunda superficial, infructuosa. Os entrego el programa de la Cruzada de Evangelización. Es nuestra tarea del Año Mariano. Es el obsequio de esta Diócesis a María. Es la gran siembra cristiana que con ella vamos a hacer.

2) El reino de Dios hay que establecerlo por la unión estrecha del apostolado del sacerdote y los seglares. No se puede prescindir de ellos. Una acción sacerdotal sin una acción laical es incompleta.

La Acción Católica es algo más que un grupo de personas de buena voluntad. Exige la formación del militante. Es el sacerdote quien debe formarlos: espiritual, doctrinal y apostólicamente. Tenemos que confiar en el laicado. Pero tenemos que consagrar lo mejor de nuestras energías a formarlos. Sin apóstoles seglares no conquistaremos los ambientes profanos. Sin conquistar los ambientes profanos nos encerraremos en un grupo de fieles sin ver el gran mundo pagano que nos aguarda. La parábola del Buen Pastor se realiza así a la inversa; por una oveja fiel dejemos a las 99 perdidas.

3) Hay que hacer la parroquia acogedora. No es una oficina. Es una comunidad. No es una sala de espera para dar un certificado. Es el hogar donde las almas van a encontrar a Dios. El párroco no es un funcionario. Es un pastor. Y por tanto un padre.

El culto tiene que ser bien celebrado. La pobreza del culto es causa del alejamiento de él. La liturgia es patrimonio del pueblo cristiano. Hay que hacer vivir al pueblo por la liturgia sus grandes realidades sobrenaturales. El Beato Pío X llamó a la participación activa en el culto "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano". Un pueblo mudo, un pueblo que no canta, un pueblo que no participa, es un pueblo que a la larga abandona lo que se le presenta como algo frío y meramente ritual.

La asistencia a la Misa disminuye. Para corregirlo, a menudo reprendemos a los que asisten a Misa. Hay que dar a la Misa toda su expresión; de culto a Dios, de participación a la acción redentora de Cristo, de asamblea fraternal de la Comunidad Cristiana

Una asamblea fraternal de la comunidad, no un grupo de fieles. Hay que dar al sentido de la comunidad que ora.

Un culto celebrado sin fervor, de prisa, rutinariamente, ni atrae, ni eleva. Antes de quejarnos de la disminución de fieles, para que los fieles se sientan atraídos. La campaña del misal, el uso de Oremus, la dialogación de la misa, el canto sagrado bello y digno, son los medios insustituibles para hacer de la misa el gran acto del culto, y la gran escuela de formación sobrenatural.

Hay que hacer comprender a los fieles, el misterio de los sacramentos, penetrarlos de su santidad, instruirlos para su recepción. No nos contentemos con haber aprendido en teología que los sacramentos tienen su efec-

to "ex opere operato" (6) pensemos que también aprendimos que las buenas disposiciones para recibirlos aumentan su gracia y eficacia.

No pensemos sólo en el número. Si bien nuestro anhelo apostólico ha de querer abrazar a todos nuestros fieles, la economía de la gracia nos pide que ellos sirvan para alimentar y sostener una vida cristiana, continua, rica y profunda, capaz de darnos auténticos cristianos.

La parroquia ha de ser acogedora en el espíritu fraternal que en ella reine. No haya ahí acepción de personas. **No se trate a las personas por el criterio con que las clasifica y trata el mundo.** Los humildes según el mundo son los privilegiados en el reino de Dios.

La atención de la oficina parroquial hecha con espíritu sobrenatural puede ser y es un medio precioso de contacto espiritual con los fieles.

Entre algunos sacerdotes se afirma una tesis que puede traer confusiones: "Yo no me ordené, dicen, para estar en una oficina". Si con eso quieren decir que no desean encerrar su ministerio en los muros de una casa, tienen razón, pero si con eso quieren afirmar que la oficina parroquial no se presta para un apostolado importante, están en un error. Doquier estemos resuena el mandato apostólico "opus fac evangelistae" (7).

La parroquia se hace atrayente por la dirección espiritual. Las almas no sólo vienen al confesionario a pedir absolución. Quieren luz y fuerza en sus problemas. El sacerdote no sólo absuelve. Es también director de almas, formador de conciencias, animador hacia la perfección y santidad. Las grandes vocaciones apostólicas sean para el sacerdocio o para la Acción Católica son ante todo fruto de una adecuada dirección espiritual. Que no se diga "No tengo tiempo".

4) Pero más que las obras importa lo que nosotros seamos. El mundo debe ver en nosotros el rostro de Cristo del cual somos sus ministros. Tres virtudes deben especialmente resplandecer en el sacerdote de hoy, precisamente en oposición al triple mal que devora a la humanidad:

a) *La pureza de vida*

En medio de un mundo paganizado, tenemos que mostrar en forma la más perfecta posible, la sublime belleza de la pureza cristiana. No basta ser correcto. No dar motivo a que se hable de nosotros. Hay que hacer ver un ideal diverso al que el mundo presenta. Por eso, debemos cuidar celosamente que el espíritu del mundo no nos contamine. Quiero tratar los puntos en concreto: las normas tradicionales de la ascética cristiana referentes a la guarda de los sentidos y a la fuga de las ocasiones, permanecen en todo su rigor. Cuidemos de dejarnos envolver por peligrosos sofismas. Se dice, y con razón, el sacerdote es un hombre de su tiempo. Pero no hay que olvidar el agregar: el sacerdote es un hombre de todos los tiempos. Es decir, que si bien es verdad que nuestro ministerio ha de adaptarse a las necesidades y problemas de la hora, también es cierto, que hay en nuestro sacerdocio algo inmutable y eterno que no podemos sacrificar a las veleidades del momento. Y esto no debe jamás olvidarse.

(6) Expresión técnica que en la teología sacramental subraya que el fruto de los sacramentos no depende del mérito del ministro ni de quien los recibe, sino de la eficacia del sacramento mismo, sin que esto signifique negar la importancia de las disposiciones del sujeto.

(7) Tr.: "Haz obra de Evangelista"; 2 Tm. 4, 5.

La guarda de los sentidos ha sido y será siempre punto esencial de la ascética cristiana. Es N.S.J. en el Sermón de la Montaña, quien, en forma absoluta nos precisa esta posición: "Si oculus tuus scandalizat te, abscide ab te". (8). Por eso insisto en evitar todo lo que aparezca infiltrado del espíritu mundano. Las lecturas profanas, espectáculos, audiciones, deben entrar en nuestra vida tanto cuanto la caridad lo exige y nada más. "Nos-tra autem conversatio in coelis est" (9).

¿Cómo vamos a hablar dignamente de Dios y sus misterios, de Cristo y su doctrina, si nuestros labios están cargados de acento mundano? El sacerdote es el hombre de Dios. El que da la ciencia de Dios.

El que señala el camino de lo eterno. El que da al mundo que pasa su sentido divino. El tesoro de nuestra vida sacerdotal debe custodiarse. Las normas de prudencia cristiana no han cambiado, como tampoco ha cambiado la naturaleza humana. No miremos como cosas añejas, lo que la ascética tradicional nos entrega como tesoro de sobrenatural experiencia. La guarda de los sentidos y su mortificación, la fuga de las ocasiones, el sentido de modestia sacerdotal será hoy y siempre patrimonio de nuestro estado. "Habemus thesaurum istud in vasis fictilibus" (10).

b) *En segundo lugar, el desapego de los bienes terrestres*

A la codicia desenfrenada del mundo actual, hay que oponer el desapego.

Que la sed del oro nunca entre en vuestros corazones. Que el desprendimiento reine siempre en ellos. Que jamás vaya en nuestro ministerio a aparecer el interés. Que no haya ruido de dinero alrededor del altar.

Con profunda edificación he recibido las confidencias de varios sacerdotes de la diócesis de su deseo de vivir en la forma más perfecta el ideal de la pobreza evangélica. No puedo sino bendecir y alentar esos ideales, hoy más que nunca necesarios.

c) *"Supra haec omnia charitatem habete"* (11).

Os repito con S. Juan. Que nuestro ministerio sea de caridad. Sólo una gran efusión de caridad puede salvarnos. "Revistámonos de entrañas de misericordia y de benignidad" (12). Que nuestras palabras y nuestras obras reflejen esta virtud.

El amor al pobre es un tesoro de la Iglesia. No lo perdamos. "Bienaventurado el que tiene el sentido del pobre". Respetémoslo - Ayudémoslo. Que nuestras preferencias sean para ellos. Os recomiendo la FAC. Frater-no Auxilio Cristiano.

5) *Todo esto se hará en la medida que amemos a la Iglesia.*

Es mi última recomendación: Sentir con la Iglesia.

Nuestro ministerio vale en la medida que lo hacemos en unión con la Iglesia. Individualmente nada somos ni podemos.

Es la unión a la Iglesia y la misión que de Ella recibimos la que da eficacia a nuestra acción.

Sentir con la Iglesia, inquietándonos con sus problemas. Los problemas de la Iglesia, sus angustias, y esperanzas, son nuestros.

Tres problemas ya señalados antes y que hay que solucionarlos a la luz de la Iglesia:

(8) Tr.: "Si tu ojo te escandaliza sácatelo"; Mt, 19, 9.

(9) Tr.: "Nuestra conversación está en los cielos"; Flp. 3, 20.

(10) Tr.: "Tenemos un tesoro en vasos frágiles", 2 Co. 4, 7.

(11) Tr.: "Por sobre todo mantened la caridad". Col. 3, 14.

(12) Col. 3, 12.

- a) Firmeza en la fe.
- b) Pureza en las costumbres.
- c) Justicia social en las relaciones humanas.

a) *Firmeza en la fe.*

Tenemos que formar católicos firme —ilustrados— que amen su fe y la defiendan. De otro modo, ¿cómo podría superarse la invasión creciente de las herejías? Acercar a las fuentes: Sagrada Escritura, especialmente Evangelio, sólida formación doctrinal-vida honda de piedad. Más que multiplicar las devociones formemos a la devoción. Sepamos en ella establecer la verdadera jerarquía: Devoción al Padre de los Cielos; a Cristo, especialmente en la Eucaristía; a María en la consideración de sus grandes privilegios. Cuidemos de no recargar con excesos de devociones, sobre todo esas devociones meramente externas y superficiales. Cuidemos sobre todo que esas devociones no presenten un aspecto de interés económico. Pienso hablaros detenidamente de este tema en el curso del año.

Pero, ante todo, dar a conocer la Iglesia. No se tiene el sentido de Iglesia. Nuestro catolicismo chileno tiene un cierto sabor protestante.

Hacer comprender lo que es el Papa y el valor de sus enseñanzas.

Lo que es el Obispo y la función que desempeña como maestro, pontífice y pastor.

Lo que es el párroco y su ministerio pastoral.

Lo que son los laicos y su inserción en el apostolado jerárquico.

Dar el sentido de la comunidad que ora en la liturgia, que conquista en el apostolado, que avanza en la misión.

Que los católicos participen en las angustias y dolores de la Iglesia. La Iglesia del Silencio.

Hay que formar católicos, con el sentido universal de Iglesia.

Pero esto nos exige a nosotros el vivirlo primero. Si no tenemos firme el sentido **jerárquico**, o si no **apreciamos claramente la labor** de los laicos, no podremos tener fuerte el sentido de Iglesia.

El sentido de la disciplina y de la **obediencia fundamental** al clero. No importa quien sea la autoridad o los defectos que pueda tener. Tenéis una hermosa tradición que respetar en este sentido. **Que el espíritu de independencia**, de revuelta o de crítica, no se infiltre jamás en nuestro clero diocesano de Talca.

b) *Pureza en las costumbres*

Con la Iglesia tenemos que predicar su moral, —Defenderla— Pero, sobre todo, dar el sentido cristiano de los problemas. Que unidos a la Iglesia formemos en los grandes principios de la moral: dignidad cristiana, respeto del cuerpo, santidad del amor y del matrimonio —preparación cristiana, respeto del cuerpo, hogar cristiano— sentido cristiano de vida y en su luz los deberes morales que corresponden.

c) *Justicia social*

Las doctrinas sociales de la Iglesia deben ser firmes y claramente predicadas. Debemos trabajar por una promoción cristiana del mundo obrero y por una organización del mundo en la justicia.

No podemos hacernos solidarios de situaciones intolerables.

No olvidemos sin embargo, que la acción temporal, sea en lo sindical o político es obra de los seculares católicos.

No confundamos nuestra misión sacerdotal con tareas que pertenecen al laicado. Nuestra labor, tal como Mons. Montini (13) lo recuerda, es: defender los intereses del trabajador. Pero esta lucha debe ser leal, que no despierte lucha de clases, que no se realice en un espíritu de violencia y de odio. Si tal espíritu le está prohibido a todo cristiano, con mayor razón al sacerdote.

Si debemos señalar lo que hay de erróneo en los diversos regímenes económicos y sociales, nuestra labor evangélica no se subordina a ellos, y en medio de ellos hemos de dar testimonio "del poder del Espíritu".

Cuanto más auténticamente esgrimamos las armas del Espíritu, tanto más profunda y eficaz será nuestra acción.

Termino, amados sacerdotes, con un llamado fervoroso a considerar la gravedad del momento y ver la necesidades de intensificar nuestra acción.

A confiar en la fuente de la gracia que nunca habrá de faltarnos si humildemente la solicitamos en la oración. Adaptar nuestros métodos a los problemas y ambientes de la hora en que vivimos. A apoyarnos en un gran amor a la Iglesia y a sostenernos mutuamente en lazos de fraterna y sacerdotal caridad.

"Et Dominus pacis det vobis pacem sempiternam in omni loco, impleat omne desiderium vestrum secundum divitias suas, et crescere vos faciat in gratia et in cognitione Domini nostri et Salvatoris Jesu Christi. (14).

(13) Paulo VI.

(14) Tr.: "Y el Señor de la paz, os de la paz eterna en todo lugar, colme todo deseo vuestro con sus riquezas y os haga crecer en gracia y en conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo".

— :: —

EL MINISTERIO DE EVANGELIZACION (1957)

(1) Alocución pastoral al Clero de la Diócesis de Talca, por su Obispo, Excmo. Mons. Manuel Larraín E.
Editado por: EDICIONES PAULINAS.

A mis sacerdotes:

Hablo a mis sacerdotes al término de sus Ejercicios Espirituales. Lo he hecho invariablemente al través de estos dieciocho años de episcopado. No quisiera faltar a esta costumbre. Y aunque os parezca que la voz comienza en sonar cansada y los términos y conceptos también comienzan a repetirse, sin embargo hay en estas palabras el mismo temblor de emoción,

el mismo sentido de responsabilidad pastoral y el mismo calor de paternidad con que os hablé el primer día, ya lejano, que estuve entre vosotros.

Es que esta reunión tiene un hondo sentido de Iglesia. Es que aquí se renueva la comunidad fundamental de la Diócesis, el "presbyterium" donde el Obispo y sus sacerdotes meditan y tratan el misterio sublime que se les ha confiado, de evangelizar el reino de Dios.

Por eso, mis queridos sacerdotes, voy a hablaros de un tema que en su riqueza apenas alcanzo a enunciar, pero cuyo enunciado nos entrega ya un copioso material de meditación presente y de trabajo y elaboración futuras.

El problema lo propongo bajo una pregunta. ¿Cómo formar a nuestros fieles a la tarea que el mundo actual les presenta, de afrontar apostólicamente nuestro tiempo y construir un mundo mejor? Esta pregunta nos llevará a una respuesta.

I.— *El Ministerio de la Evangelización*

Y este será el tema que someramente, en sus líneas esenciales, os trataré en esta tarde.

Pero, ante todo, demos una mirada al mundo en que nos toca vivir; esta segunda mitad del siglo XX cargada al mismo tiempo de angustia y de esperanza. Mirada no tanto del sociólogo que investiga hechos, o del historiador que relaciona sucesos, cuanto del pastor que bajo un mundo cuya "figura pasa", contempla el construirse y crecer de la ciudad de Dios.

1) *Evolución Vertiginosa*

Una mirada sobre el mundo en que actuamos nos da esta primera visión; un mundo que evoluciona vertiginosamente. Descubrimientos científicos insospechados, traen un inmenso progreso técnico. El progreso técnico a su vez, trae la industrialización en medidas extraordinarias. Fruto de ese desarrollo es la unificación material del mundo, que por la radio, televisión, aviación, suprime las distancias. Todo esto repercute en la cultura, condiciones de vida, mentalidad, etc., las que a su vez se reflejan en la *actitud religiosa* del hombre moderno. El pastor de almas no puede ignorar estos hechos, ni dejar de ver las perspectivas del mundo nuevo que se forma. La ceguera voluntaria es un pecado que Dios castiga con dureza.

Hay un hecho sociológico fundamental que arranca del cambio señalado. La técnica al desarrollarse en la forma gigante en que lo ha hecho, ha creado la tecnocracia, es decir un mundo cuyas estructuras pierden su carácter humano, cuyos únicos criterios son lo científico y técnico, donde los valores trascendentes y espirituales se oscurecen y olvidan, y donde, como S. S. Pío XII lo ha recordado, el hombre se despersonaliza para convertirse cada vez más en masa.

Ese espíritu técnico en nuestro tiempo se expresa en la mentalidad matemático-técnica que en los pueblos jóvenes, como el nuestro, es aún más peligrosa.

2) *Factores agresivos*

Junto a este proceso histórico que se desarrolla en forma vertiginosa, y cuyas proyecciones son imposibles de medir, están actuando una serie de *factores agresivos* contra la vida cristiana del hombre de nuestro tiempo.

Las enumeraremos solamente. En primer lugar, la concepción materialista de la vida, fruto de esas mismas estructuras sociales. En ellas el factor espiritual parece eclipsarse. En segunda, los vestigios aún subsistentes del liberalismo que considera al hombre tan sólo como un factor de producción; el "homo oeconomicus". La influencia marxista orientando hacia una civilización de tipo netamente materialista. El laicismo, impulsado por la masonería, que tiende a una concepción agnóstica y naturalista de la vida.

Es un conjunto de fuerzas diferentes y entre sí antagónicas que, sin embargo, coinciden en un punto; su acción anticristiana y especialmente anticatólica.

3) *Madurez cristiana*

Ante estas nuevas estructuras sociales donde en proporción altísima la vida sobrenatural se debilita y muere ¿qué tipo de religiosidad presentamos? Por regla general una religiosidad de almas cristianas infantiles, posible de subsistir en una sociedad estable, de ambiente cristiano, pero incapaz de resistir a la evolución vertiginosa presente, a las estructuras sociales carentes de vida espiritual y opresoras de ella en que nuestros católicos actúan y viven.

¿Hemos constatado ciertos hechos que debieran hacernos meditar hondamente?

Por ejemplo; ¿cuántos de nuestros alumnos de colegios católicos conservan su vida cristiana? ¿para cuántos niños de nuestros catecismos, su *Primera Comunión*, es también *la última*? ¿qué proporción de hombres asisten regularmente a misa? El campesino, creyente en el campo, ¿qué prácticas conserva al llegar a la ciudad?

Todas estas preguntas y tantas otras más que podríamos hacernos, debieran llevarnos a la pregunta *fundamental*: ¿formamos a un cristianismo *adulto*, capaz de afrontar y superar los ambientes modernos?

Este es el primer problema pastoral.

Hay que formar a un cristianismo, no de rutina, sino de *elección*, al cual se llega por un acto *personal*, esto es, por una *opción* voluntaria y consciente. No basta con una religión de *prácticas piadosas* y devociones, a las cuales somos tan excesivamente aticionados, sino que hay que dar una religión de *convicción* y *fundamentos*, donde los motivos de determinación sean lo suficientemente claros y fuertes para llevar al cristiano a una práctica firme y ardorosa de su fe.

El primer problema pastoral, tanto para el párroco como para el educador, es éste: *vitalizar la fe de nuestros católicos*. Esto significa el *prepararlos a la misión que han de desempeñar en el mundo actual*. Formarlos a un cristianismo sólido y profundo, capaz no sólo de resistir, sino de triunfar sobre el ambiente.

4) *Pastoral de conjunto*

Esto nos pone ante un segundo problema pastoral, en íntima relación con el primero: *no basta una pastoral de preservación*. Hay que pasar a una de conquista y de *evangelización*.

Los ambientes sociales están materializados. Hay que transformarlos dándoles una inspiración y animación cristianas.

La táctica en sí, no es anticristiana. "Es en el fondo la búsqueda y el descubrimiento de la grandeza, la sabidura y la armonía de Dios (2).

Hay que darle un alma.

Como en el s. I. la idea central de nuestro apostolado ha de resumirse en el ministerio de *evangelización*. Este mundo moderno en movimiento hay que afrontarlo, misioneramente.

A los factores de disgregación espiritual hay que oponer el misterio de salvación resumido en Cristo.

Cristo y la Iglesia nos han confiado, para salvar al mundo, el ministerio de *Evangelización*.

Hay que ser fieles a este ministerio.

"Lo que se pide a los administradores, es que sean fieles" (3).

La tarea pastoral se resume en una idea: llevar a nuestros fieles católicos a la edad adulta espiritual que las condiciones del mundo le exigen para afrontarlo apostólicamente y poder así ser los gérmenes activos de un mundo mejor que hay que construir.

No se trata de inventar teorías personales. Ni menos de elucubrar planes artificiosos o teóricos. Se trata de seguir la línea que el Espíritu Santo nos da en su Iglesia. De dejar de una vez por todas de poner nuestra confianza en los hombres y convencernos de que si "Dios no edifica la casa en vano se agitan los que la construyen" (4). De purificar nuestros criterios apostólicos, que más de una vez se impregnan de espíritu mundano, para restaurarlos en su auténtica pureza evangélica, y sobre todo, de seguir en forma fiel las directivas que la Iglesia nos ha entregado. Esas directivas se encierran en una palabra: evangelizar.

II.— *Evangelización*

Al decir estas palabras, evangelizar, deseamos expresar, en primer lugar, que todo nuestro ministerio ha de estar inspirado en una idea: querer la salvación de los hombres, tal como Dios la quiere en su designio salvador, tal como Cristo la realizó y la entregó a su Iglesia. En segundo lugar, queremos expresar que para cooperar a ese plan salvador, hemos de emplear los medios que Cristo nos entregó para ello y en la forma que El mismo nos los dejó. Y, al mismo tiempo, queremos hacer junto a estas ideas el examen fundamental de nuestra actividad apostólica.

¿Cumplimos el ministerio de evangelización? ¿y cómo? ¿sentimos la urgencia, en esta hora, de una acción eminentemente evangelizadora? ¿Es para nosotros una consigna la palabra del Apóstol Pablo: "haz obra de evangelista?"

1) *Educación en la fe*

La obra de evangelización envuelve una idea primera, la vitalización de nuestra fe. Es decir el pasar de un cristianismo de *rutina* a uno de *opción*, de una religiosidad de *masa* a una *personal*. Esto requiere como base una *educación en la fe*.

(2) S. S. Pío XII, Navidad de 1953.

(3) *I Co.* 4, 2.

(4) *Sl.* 126, 1.

Nos hallamos ante un hecho que, por desgracia, no necesita en su evidencia ser prolijamente probado: *la incredulidad moderna*.

Es el mal fundamental de nuestro tiempo...

Tendemos con facilidad a ver casi exclusivamente los problemas morales, a lamentarnos de ellos y a combatirlos, pero parecemos olvidarnos que la raíz de ellos es la falta de fe. La moral cristiana no es sino la consecuencia práctica de la fe. Si falta el sentido de Dios y de lo sobrenatural, es lógico que la moral con sus prescripciones y prohibiciones aparezca como algo vacío e inconsistente.

Nos alarmamos, y con razón, ante los problemas sociales y las soluciones materialistas que los diversos sistemas propugnan, pero también nos olvidamos que esas filosofías, no son sino la consecuencia de una visión positivista de la sociedad y de sus problemas. En otros términos, la falta de fe en el campo social.

Contemplamos nuestro propio campo católico y vemos con dolor: indiferencia, paganización, falta de sentido de la Iglesia, egoísmo, etc., y olvidamos también el descender hasta la raíz de este problema que no es otro sino —aunque el término parezca paradójal—: la incredulidad de los creyentes.

“El justo defeccionó, dice el Salmista, porque se han disminuído las verdades entre los hijos de los hombres”. (5).

Ante este hecho de la incredulidad creciente, de la visión de un mundo que pierde rápidamente el sentido de Dios, de Cristo y de la Iglesia, cabe preguntarse ¿educamos efectivamente a la fe?

En otras palabras, ¿cumplimos el ministerio de evangelización? ¿nuestra actividad pastoral está presidida por la idea de “que el justo vive de la fe” (6). y por la angustia de que no posee esa fe en la abundancia y vigor que el ambiente que lo rodea le exige?

2) Verdades fundamentales

Pero para educar a la fe hay que tener una idea precisa de lo que el “ministerio de evangelización” significa. Y para ello vamos a recordar algunas verdades fundamentales.

La venida de Cristo significa la instauración del reino de Dios entre los hombres. El plan de Dios sobre la humanidad se encierra en una idea: “La llegada del reino de Dios” (7). Israel es el pueblo de la promesa. Su historia, llena de vicisitudes, se desarrolla a la luz de ese reino. El hecho central de la vida del mundo es Cristo. Su venida constituye “la plenitud de los tiempos”.

El “día del Señor” de que hablan los Profetas, es la venida de Cristo. Esa venida tuvo lugar en tres etapas decisivas; se encarna, muere y resucita. Al encarnarse asume nuestra naturaleza humana, al morir nos rescata, al resucitar triunfa e inicia su reinado.

Cristo ha venido en la historia —hecho irredargüible que constituye la base de nuestra fe—. Ha venido a salvarnos, argumento que constituye la base de nuestra esperanza.

(5) Sl. 11, 2.

(6) Rm. 1, 17.

(7) Cfr. Mc. 1, 15

Pero ese hecho histórico no es un recuerdo pretérito. Cristo viene en la historia. La misión de la Iglesia y sus apóstoles es la de extender ese reino. El poder de Dios, su acción divina irresistible (*dynamis*) se expresa en la acción apostólica.

Y esa venida presente, en cada momento y en cada lugar; el crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo, tiende a una venida definitiva y triunfante al final de los tiempos: la Pascua. Su venida final, que no es la que los milenaristas predicaban, sino la que la fe enseña, es el establecimiento de su reino, la extensión al universo de su redención pascual.

Cristo vino — Cristo viene — Cristo vendrá.

Para anunciar esta verdad —para “evangelizar” esta nueva— Cristo envió a sus apóstoles “a predicar el reino de Dios”. Es la evangelización fundamental e indispensable. El anuncio de su misión, según mandato de Cristo, ha de hacerse diciendo “se acerca para vosotros el reino de Dios” (8). La gran alegría que ese anuncio trae —y por eso es “la buena nueva”— es que “Dios ha visitado a su pueblo” (9).

De ahí la necesidad previa de evangelizar. Anunciar. Hacer que “el pueblo que caminaba en tinieblas vea una gran luz” (10).

El mandato supremo de Jesús, antes de partir, encierra dos cosas diferentes; “predicar el Evangelio y enseñar a todas las gentes” (11) y “bautizar”. Los caminos de unión con Dios, a la luz de este mensaje de Cristo son dos: la fe y los sacramentos” el que *creyere y fuere bautizado* será salvo” (12).

Santo Tomás en su Suma Teológica nos lo explica claramente:

“La fuerza de la pasión de Cristo es transmitida a través de la fe y de los sacramentos. Ciertamente el modo de participación es diferente. La unión por medio de la fe exige un acto del alma; la que viene por medio de los sacramentos se efectúa con el uso de cosas externas” (signos sensibles). (13).

De ahí que la misión primera del sacerdote es la de evangelizar. El primer deber del Obispo, dice Santo Tomás, y con él todos los principales teólogos de su época, es el de predicar. El “anuncio de la palabra” nos cuentan las Actas de los Apóstoles, es el primer grado del ministerio eclesiástico, mientras la fiel recepción de ella constituye el primer paso de los fieles hacia Dios. Sobre esta base viene después el bautismo. El mismo libro de los Hechos Apostólicos, al hablar de las perseverancias de la primitiva comunidad cristiana, señala como primera, anterior a la de la “fracción del pan”, la perseverancia en “la doctrina de los Apóstoles” (14).

3) *Evangelización*

La evangelización envuelve por tanto los siguientes conceptos:

a) Primero, el anuncio del reino de Dios. La revelación de sus misterios: la transmisión de la “buena nueva” que Dios ha visitado a su pueblo

(8) *Lc.* 10, 9.

(9) *Lc.* 7, 16.

(10) *Is.* 9, 2.

(11) *Mc.* 16, 15.

(12) *Mc.* 16, 15.

(13) *S. T.*, III, q. 62, a. 5.

(14) *Cfr. Hch.* 2, 42.

y le ha traído la salvación y la nueva vida. Es lo que llama San Pablo “el ministerio de la reconciliación” (15 la “*diaconía*” de la palabra. No son ni unas cuantas verdades de orden natural, ni unas cuantas normas de corrección externa las que constituyen el objeto de la evangelización, sino “el depósito de la fe”, la verdad de Dios, la ciencia de lo sobrenatural, la revelación de lo invisible.

b) La extensión de este mensaje a todas las criaturas, especialmente a las que lo desconocen, lo ignoran, lo olvidan. La evangelización lleva por tanto *un dinamismo de expansión que no descansa, hasta* que ese mensaje sea comunicado a toda criatura. Comunicación no solamente individual sino que debe penetrar todos los ambientes sociales de vida.

c) Transmisión de un mensaje divino, no tanto para darlo a conocer intelectualmente, cuanto para orientar sobrenaturalmente al hombre hacia Dios, para cambiar su corazón y ponerlo dentro de la gran corriente de la redención. De ahí que “la palabra” para los Apóstoles sea: “palabra de salvación” (16), “palabra de gracia” (17), “palabra de vida” (18), “palabra de reconciliación” (19).

d) Evangelización, por último, que ha de llevar al que recibe el mensaje de Dios y adhiere por la fe a él, a buscar en los sacramentos la manera de participar de la vida de Cristo y reproducir los misterios de Jesús en su propia vida.

4) *Aplicaciones prácticas*

Esta idea del ministerio de la evangelización como idea central de nuestro apostolado, tiene varias conclusiones prácticas inmediatas que deseo señalar:

a) Primero, orientar nuestra actividad apostólica en un sentido misionero. Un gran prelado belga, el Excmo. Mons. Suenens, ha hablado de la Iglesia en estado de misión. Hay dos posiciones apostólicas. Una, la que se siente guardiana y custodia la fe. A esta posición corresponde conservar, ilustrar, desarrollar esta misma fe. Otra, la que se sabe ante un mundo pagano y siente la necesidad de comunicar, de anunciar, de extender, de transmitir esa fe.

Nosotros hemos de participar de ambas. Somos los guardianes de una fe que hay que mantener intacta y vitalizar. Somos también los que hemos de transmitir esa fe a los que no la tienen, o que, teniéndola, la han dejado casi como extinguirse en su alma. Hay un deber para con nuestros fieles de darles el alimento espiritual sólido, abundante y nutritivo que requieren: *vitalizar*. Hay un deber para con los que están lejos e ignoran: sentido misionero de nuestra vocación apostólica.

Pero si ambas posiciones han de mantenerse en el alma del sacerdote, por vocación y por la necesidad actual ha de prevalecer el sentido misionero.

Ha sido un error fatal el identificar la parroquia con el templo y la oficina parroquial. Mayor error y más funesto aún, el encerrarse en el recinto parroquial. Una película actual “*On the Waterfront*” (en castellano

(15) 2 Co. 5, 18.

(16) Hch. 13, 26.

(17) Hch. 14, 3 y 20, 32.

(18) Flp. 2, 16.

(19) 2 Co. 5, 19.

“Nido de Ratas”), muestra a un sacerdote que trabaja en los muelles de Nueva York. Cuando uno de los que se siente herido por la acción del sacerdote le grita: “vuélvete a tu parroquia”, éste responde: “mi parroquia son los muelles”. Es el concepto misionero de la parroquia. La parroquia, más que una porción geográfica, es un conglomerado humano. El párroco, más que administrador es pastor. Para poder fructuosamente administrar los sacramentos, ha de ser primero evangelizador de la verdad.

b) En segundo lugar, nos hace sentir la importancia de la transmisión de la fe. Existe un grave peligro, amados sacerdotes, de que la necesidad de adaptarnos a las condiciones modernas, nos haga perder de vista, si no nos precavemos, lo esencial de nuestro apostolado; la transmisión de la fe. Parece como que a veces olvidásemos la definición dogmática del Tridentino: “fides est fundamentum et radix omnis justificationis”. (20). Parece igualmente que no tuviéramos suficientemente presente que la fe crea la primera y la más estrecha unión con Cristo. “A aquellos que creen en su Nombre dióles poder de ser hijos de Dios” nos dice San Juan en su prólogo. Porque, nos añade el mismo apóstol, “el que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida sino que está sobre él la cólera de Dios”. (21). Y “todo el que cree que Jesús es el Cristo, ese es nacido de Dios”, (22) concluirá Juan en su Epístola primera.

En consecuencia, en la obra de Cristo, como en la misión apostólica, está siempre en primera línea el anunciar, el testimoniar, el enseñar.

No pretendo criticar ninguna de las laudables iniciativas que el celo pastoral inspira al querido clero diocesano para realizar su ministerio, pero sí, quiero llamarles la atención sobre este peligro; no sea que los medios se conviertan en fines, y que multiplicando obras y métodos nos olvidemos de lo fundamental: *evangelizar*, es decir, anunciar, testimoniar, enseñar el depósito de la fe.

Hay una crisis de fe. Estamos todos de acuerdo con el hecho. Hay disminución, pérdida, debilidad de la fe. Nadie puede negarlo. ¿No sería bueno el que nosotros examináramos qué responsabilidad nos cabe en este hecho? Las cosas no suceden porque sí. Obedecen a causas profundas. Tienen hondas raíces. ¿Por qué esta crisis?

Amados sacerdotes, ¿cumplimos en forma plena el ministerio de la evangelización? ¿Hemos pensado que la fe se custodia no tanto con prohibiciones, cuanto con el anuncio mismo de ella? ¿Qué cuando Nuestro Señor oró por nosotros en su oración sacerdotal lo que pidió fue precisamente “sanctifica eos in veritate” (23), añadiendo “yo por ellos me inmolo para que queden inmolados a la verdad” (24), es decir, al ministerio de anunciar esa verdad; en otras palabras: a evangelizar?

Pregunto por segunda vez, ¿de dónde viene esa crisis de la fe?

Hablando al clero hay que decirlo sin paliativos: *de nuestra infidelidad*. No somos fieles a la tarea encomendada de evangelizar, y “lo que se pide a los administradores es que sean fieles” (25).

La salvación viene de Cristo. El la depositó en su Iglesia. Los sacerdotes somos en Ella los ministros del ministerio de salvación. El mismo

(20) Tr.: “La fe en el fundamento y raíz de toda justificación”.

(21) *Jn.* 3, 36.

(22) *1 Jn.* 5, 1.

(23) Tr.: “Sanctificalos en la verdad”. (Texto original confuso).

(24) *Jn.* 17, 19.

(25) *1 Co.* 4, 2.

Cristo nos señaló los medios para realizarlo. Si no ponemos en práctica esos medios. Si pretendemos sustituirlos por otros, la salvación no se logra, el reino de Cristo no se extiende, su designio redentor no se cumple. No somos fieles a nuestra misión evangelizadora. Y, de esa infidelidad, viene la paganización del mundo.

Quizás no hemos sido consciente de esa infidelidad. Quizás aún la hayamos excusado con hermosas razones. Quizás hayamos, sin quererlo, sucumbido a un grave peligro: el tomar lo accidental por lo esencial, los medios por los fines, lo cambiante y mudable por lo eterno, así, sin pretenderlo, hemos desvirtuado la misión esencial que se nos ha confiado: evangelizar.

5) *Adaptación*

Se ha dicho que el sacerdote tiene que ser de su tiempo. Es verdad. Necesitamos adaptarnos al mundo en que nos toca actuar.

Pero hay que añadir otra verdad, sin la cual la anterior es parcial: el sacerdote es hombre de todos los tiempos. Hay aspectos del ministerio sacerdotal que pueden y deben variar en busca de una adaptación cada vez más perfecta a los problemas y ambientes, pero hay otros aspectos del ministerio sacerdotal que no varían, que le son fundamentales y sin los cuales nuestro apostolado pierde su eficacia y autenticidad.

Y este es el problema. Sin quererlo, o quizás queriendo todo lo contrario, hemos desvirtuado a menudo lo esencial de nuestro ministerio.

Hemos pensado excesivamente en la actividad exterior, hemos cuidado más de la administración que de la evangelización, hemos creído en demasía en lo que Mons. Mermillod llamaba "la herejía de las obras", hemos debilitado la enseñanza de San Pablo "que así nos estime el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (26).

Con frecuencia la parroquia ha sido más "oficina de lo espiritual" que centro generador y propulsor de vida cristiana.

Quiero que se me entienda bien. No es que critique los medios para darle a nuestro apostolado mayor eficacia. Lo que critico es que sacrificuemos a esos medios el fin mismo del apostolado. Su sentido evangelizador y misionero. Está bien el sacerdote que toma de la técnica sus progresos y los aplica a este mundo en que nos toca vivir. Están bien los alto-parlantes, la audición de radio, el cine parroquial, el club deportivo y mañana la televisión. Está bien la angustiada inquietud por los problemas sociales y las soluciones de orden económico y temporal para hacer más humana y por ende más cristiana la vida de tantos hijos de Dios. Está bien la propaganda en sus múltiples formas y la edificación adecuada de las obras que se pretenden promover.

Todo eso está bien, si el amor de Dios lo anima, si el celo pastoral lo inspira, si las directivas de la Iglesia lo orientan, pero, con una *condición fundamental*: que eso no nos haga olvidar, ni descuidar lo esencial para lo cual hemos sido llamados: ser ministros de Cristo para dispensar su palabra y su vida.

Apóstoles, porque enviados. Misioneros, porque consagrados a la extensión del reino. Heraldos, porque testigos de un ministerio sagrado. Evangelizadores, que anuncian la gran nueva: Dios ha venido en Cristo —Dios

(26) *1 Co.* 4, 1.

viene a nosotros en Cristo— Dios vendrá en Cristo triunfante, a establecer al final de los tiempos su justicia. Anuncio dinámico que tiende a romper los lazos que nos impiden realizar el plan divino — que llama a la conversión y sobre todo lleva a una adhesión plena a Aquel que nos ha sido anunciado: Cristo.

Ese es el ministerio primero y fundamental, al cual antes que nada se nos pide ser fieles.

6) *Fe y Sacramento*

Una tercera conclusión práctica de la idea evangelizadora como centro de nuestro ministerio sacerdotal es esta otra, en la que os ruego también reflexionar: la relación entre la fe y los sacramentos.

Sabemos por la sagrada teología que los sacramentos producen su efecto "ex opere operato" (27), independientemente de las cualidades personales del ministro.

Pero, ¿no habremos tomado inconscientemente este principio indiscutible en una forma única y absoluta, contentándonos únicamente con administrar los sacramentos al mayor número de personas, sin preocuparnos antes de las disposiciones internas del sujeto y en primer y principalísimo lugar, de la fe que poseo? No era un juego de palabras el afirmar hace poco que hay una incredulidad de los creyentes. Es decir, que hay muchos fieles que se acercan a los sacramentos con una dosis tan pequeña de fe, vida cotidiana.

que hace que esos mismos sacramentos no influyan prácticamente en su

¿Nos preocupamos de que los que asisten a la Misa y se acercan a la Comunión salgan amando más la Misa y la Comunión? ¿No hemos pensado al ver la escasísima asistencia de hombres y jóvenes a Misa, y más aún a la Comunión, que muchos de ellos vienen de colegios y escuelas católicos, y nos hemos preguntado el por qué de este hecho? ¡Cuántas veces en cambio hemos oído esa triste respuesta, "me hicieron oír Misa y comulgar para toda mi vida"! Es decir, los sacramentos fueron una finalidad y no un medio de aumentar la fe y la unión con Dios. Nos preocupamos sólo de hacer "practicantes" descuidando el hacer previamente "creyentes".

Hay una frase de San Pablo a los Corintios (28) que a primera vista suena con rara dureza: "Cristo no me ha enviado a bautizar, sino a predicar el Evangelio". Su sentido, es que el ministerio de la predicación que transmite la fe, debe preparar al ministerio del bautismo que transmite la gracia. La Vigilia Pascual puesta hoy magníficamente en relieve, nos muestra la preparación doctrinal —es decir el ministerio de la evangelización— como presupuesto indispensable a la regeneración bautismal. Hoy día mismo, la primera pregunta que se hace al bautizando es: ¿qué pides a la Iglesia de Dios? Y la respuesta es, como bien sabéis: la Fe. La Misa de los Catecúmenos, que prepara al misterio de la fracción del pan, es una evangelización en los grandes misterios de la fe contenidos en los libros santos que leemos, Epístolas y Evangelio.

En los más antiguos catecismos esta relación entre fe y sacramento aparece en forma clara y precisa. Habría que remontarse al *De Catechizan-*

(27) Por efecto de la acción sacramental, independientemente de las cualidades del que actúa.

(28) *I Co.* 1, 15.

dis rudibus (29) de San Agustín para encontrar esta idea fuertemente señalada. Deseo citaros un Catecismo alemán del siglo XVI, citado a su vez por Moufray, donde se enseña:

“El Bautismo Sacramental requiere esencialmente tres cosas; a saber, la fe, la ablución externa del agua y la palabra divina; ninguna de las tres puede faltar... El agua sin la palabra es ineficaz, la palabra sin el agua es insuficiente, la palabra y el agua sin la fe, son inútiles. Estas tres cosas deben estar presentes conjuntamente”.

La reacción necesaria contra el error protestante de la justificación por la sola fe, llevó a poner especialmente en realce la importancia del acto de fe y del hecho sacramental, pero por motivos históricos que sería largo explicar, la acentuación de esta idea se debilitó no insistiéndose suficientemente en ella. La fe como camino de salvación y como premisa a la vida sacramental, se presupone pero no se expone expresamente.

Hay que lamentar como un grave daño para la pastoral y la piedad el que nuestros catecismos, y nosotros como los primeros catequistas, no presentemos expresamente el significado de la fe como fundamento y raíz de toda justificación y como base indispensable e imprescindible para el mundo sacramental.

De ahí, señores sacerdotes, que el ministerio de la evangelización como centro de nuestra labor sacerdotal, ha de llevarnos al ministerio de la fe, a la “*diaconía de la palabra*” como la llaman los Hechos Apostólicos, como base de una vida sacramental verdadera, capaz de reflejarse en la vida ordinaria de cada hombre.

El olvido de esta relación fundamental entre fe y sacramento, y como consecuencia el reducir prácticamente la acción salvífica de la Iglesia a la acción sacramental, es una de las omisiones más fatales para la gran tarea que se nos ha impuesto: “el ministerio de la evangelización”.

Puesto en esta luz, la eficacia de los sacramentos, su acción cristificante y transformadora de la vida adquiere mayor fuerza y realce. Ella nos muestra cómo la evangelización dando o acrecentando la fe, nos dispone y prepara a la fructuosa recepción de los sacramentos por los cuales nuestra vida adquiere su desarrollo y vitalidad sobrenatural.

El sacerdote, como acaba de recordarse en el Congreso de Pastoral Litúrgica de Asís, si es el “*Minister Sacramenti*”, (30) es al mismo tiempo el “*Minister verbi*”, (31). Un sacerdote, dice el P. Bea, que supiera celebrar bien el Santo Sacrificio, “*la fractio panis*”, pero no supiera romper a los fieles el pan de la palabra de Dios, no sería sino sacerdote a medias” (32).

Quiera Dios, y yo desde ahora invito al amado clero, para que dentro de estas ideas estudiemos en forma profunda y detenida una pastoral de la administración de los sacramentos, donde la educación a la fe tenga el lugar que Cristo y la tradición de la Iglesia le asignan, para que el sacramento produzca plenamente sus efectos cristificantes y deificantes en el alma del cristiano.

(29) “Acerca de la Catequesis de los principiantes”.

(30) Tr.: “Ministro del sacramento”.

(31) Tr.: “Ministro de la palabra”.

(32) *La Maison - Dieu*, N° 48-48, p. 145.

III.— *Medios principales de una acción evangelizadora*

El mandato de San Pablo “opus fac evangelistae” (33) es perentorio. El encierra toda la fuerza y el impulso de la misión apostólica. Los tiempos actuales lo hacen aún más urgente. Ante el debilitamiento de la fe, ante la pérdida del sentido de Dios que caracteriza nuestra edad, dicho impulso ha de redoblar. Lo necesita el mundo. Lo necesita también nuestra diócesis. Por eso, y con plena conciencia de la gravedad de esta misión he tratado este tema.

Pero, existe un peligro de todo tema que se enfoca en sus líneas generales: la imprecisión. Y no quisiera caer en él. Por eso deseo entrar en detalles de algunos medios principales de evangelización.

Y en primer y principal lugar:

1) *La predicación*

Recordemos algunas verdades fundamentales sobre ella.

Hay un hecho *central* en la historia de la humanidad: *Dios ha hablado al hombre*. Esa palabra ha resonado de diversas maneras; “en otros tiempos habló a nuestros padres en los profetas, en los últimos tiempos nos habló en su Hijo” (34).

Ministro oficial y auténtico de esa palabra es el sacerdote.

Esa palabra constituye la base de nuestra fe. Ella nos coloca ante el misterio de Dios para hacernos conocer su realidad y entrever su grandeza. Ella despliega en unidad sintética maravillosa el plan divino. Ella resuelve los problemas espirituales que atormentan al hombre. Ella, al través de su sentido espiritual y divino, da también a los problemas humanos su respuesta.

La vida de fe es el encuentro del hombre con Cristo. Es la renovación continua de su vida con las experiencias nuevas que cada día encuentra de esa visión que Cristo le entrega. En ese movimiento inmanente de lo visible a lo invisible y de Cristo a todas las cosas para encontrar en El al Dios vivo y reconstituír en El la visión cristiana del mundo y de la vida.

La predicación, colocando al hombre en presencia de Cristo y su misterio, es el auxiliar más poderoso de esa renovación y el inspirador eficaz de las actitudes que conciernen al cristiano.

2) *Necesidad de la predicación*

Esto nos pone ante una primera afirmación: *la necesidad imprescindible* de la predicación.

El Excmo. Mons. Montini, en esta fecha (1954) Secretario de Estado de S. S., (35) escribía al Excmo. Obispo de Montpellier:

(33) Tr.: “Haz obra de evangelista”: 2 Tm. 4, 5.

(34) Hb. 1, 1.

(35) Referencia a Pío XII.

“Hay que arraigar en el corazón de los sacerdotes la convicción de que hoy, como en los primeros tiempos de la Iglesia, no hay *tarea más esencial* que el anunciar al mundo la palabra de Dios, ni labor más apostólica que el realizar bajo todas sus formas la misión de predicador del Evangelio”. (36).

Esta afirmación tan categórica y venida de tan alto, ha de hacernos meditar.

¿No encontramos en ella como el eco de la afirmación del primer siglo que los Hechos Apostólicos nos narran, de la elección de los Diáconos (37).

“No es equitativo, dicen los Apóstoles a la comunidad cristiana reunida, descuidar la palabra de Dios para servir a las mesas. Elegid, hermanos, siete varones llenos de sabiduría y de Espíritu Santo para constituirlos en este ministerio. Nosotros en cambio, seremos constantes a la oración y al ministerio de la palabra”.

Y añade el texto sagrado que: “estas palabras agradaron a toda la multitud”.

Por no extenderme en demasía, y como expresión de la tradición más pura de la Iglesia os recuerdo, amados sacerdotes, algunas disposiciones del Concilio de Trento. Establece dicho Concilio, hablando de los Obispos, que: *praecipuum munus episcoporum*” el más importante deber del Obispo es la predicación (38).

Es deber de los párrocos, añade el mismo Concilio, el cumplir personalmente este oficio y, con caso de impedimento, por suplentes idóneos. Su no cumplimiento, dice el Tridentino, debe ser castigado con severas sanciones. “*Si quis adimplere contempserit, districtae subjacet ultioni*” (39). El Concilio Tridentino en su sesión 24 “De Reformatione” dispone que se debe predicar en todas las dominicas y festivos, y diariamente en la Cuaresma y Adviento.

El Concilio Plenario Chileno confirma en sus artículos 36 y 47 igual disposición.

Yo no puedo, amados sacerdotes, sino alentar públicamente el celo pastoral del clero de la diócesis, que con sacrificios y abnegación que sólo Dios sabe, trata en múltiples formas de llenar su misión apostólica. Yo sé con cuanto trabajo y dificultades esa misión se cumple y soy testigo de vuestros esfuerzos y sudores. Pero, permitidme una reflexión: ¿hemos pensado que sobre todas las obras que se emprenden hay una fundamental y primera: la de la predicación?

¿Apreciamos en lo que valen esos quince minutos de que disponemos en cada misa dominical para darle al pueblo su alimento doctrinal de la semana? ¿Hemos entrevisto la renovación profunda de vida cristiana que realizaría, más que todas las otras obras apostólicas, el cumplimiento, no material tan sólo, sino tomado en toda su tremenda responsabilidad de “administrar la palabra de Dios”, connumerándose en el elogio y recompensa de aquellas que el Pontificar designa como “*qui verbum Dei bene ministraverunt ab initio*”?

(36) Cfr. *Doc. Cath.*, t. 61, Col. 656.

(37) *Hch.* 6, 1-2.

(38) Sesión 5 y 24.

(39) Tr.: “Si alguien desprecia el cumplimiento, queda sometido a una estricta pena”.

3) *Preparación*

Y aquí viene el segundo problema relativo a la predicación: *su preparación*. Con el mismo tono de sinceridad y franqueza con que os estoy hablando, quiero hacer esta otra reflexión: sabemos que todas las obras que se ejecutan, cualesquiera que sean, exigen preparación. El canto de una misa pide ensayos; la dictación de una clase, estudio; la procesión final de una misión, arreglo de altares, y así de lo demás, tanto en el orden apostólico cuanto en el material.

¿Qué preparación damos, amados sacerdotes, a la predicación? Escribía un destacado religioso: "en mi vida he confesado a muchos sacerdotes. Los he visto no sólo concienzudos, sino casi escrupulosos, examinar sus diferentes deberes sacerdotales; oficio divino, rúbricas, deberes ministeriales. Nunca sin embargo he oído a ninguno acusarse de no haber preparado diligentemente su predicación".

Y sin embargo, añade yo, no hay que ser muy suspicaz para darse cuenta con frecuencia que la predicación no ha sido preparada.

Y entramos en el tercer y más grave problema: ¿qué *preparación* exige el ser ministro de la palabra, dispensador de la verdad de Dios?

4) *Contenido de la predicación*

Antes de responder esta pregunta recordemos las líneas principales del *contenido de la predicación sagrada*. Para hacerlo me baso en el magnífico estudio publicado bajo este mismo título, por el P. Liégé, O. P. *Contenido y pedagogía de la predicación cristiana*.

a) Para saber lo que es la predicación, su función, su realidad, hay que ir a las fuentes y recordar que el ministerio de la predicación es hablar a nombre de Dios, o sea en concreto, prestar su boca a Dios.

b) La palabra de Dios no es tanto una palabra que habla *de* Dios, cuanto una palabra que *viene* de Dios. Ella es la expresión de su infinito amor.

c) La Palabra de Dios es efectiva. Realiza la presencia, el poder y el don de Dios. En ella Dios habla para inquietar e interrogar, para iluminar, ser reconocido y vivificar. Dios habla para juzgar y para reinar (40).

d) La palabra de Dios no habla tanto de Dios mismo como de lo que El quiere ser para sus criaturas. Su plan eterno y amoroso. Su tema central es el hombre y Dios juntamente.

e) A su aspecto eterno, corresponde también uno histórico. La palabra de Dios ha sido oída, vista y vivida en la historia humana. La palabra de Dios es un acontecimiento histórico. Esa palabra se ha expresado íntegra, histórica y públicamente en Cristo.

La misión de la Iglesia es anunciar a Cristo, hacer que los hombres miren a El para transmitir así a los hombres el mensaje de Dios.

Consecuencias de estas ideas es el *contenido de la predicación*.

Su contenido exclusivo es la palabra de Dios. Es el plan de salvación que Jesús ha traído. Es la realidad de la venida histórica de Cristo y de sus consecuencias para el mundo. Es la venida progresiva de su reino. Son las condiciones de vida que ese reino exige.

(40) Cfr. *Is.* 55, 10-12.

El predicador, como Pablo lo recuerda, “no se predica a sí mismo” “no adultera la palabra de Dios”

“No habla con palabra persuasivas de humano saber; sino con la expresión del Espíritu y de la fuerza de Dios”. (41).

De aquí se siguen tres conclusiones:

5) *Predicación teologal*

La predicación ha de ser *teologal*. Nótese bien que se dice *teologal* y no *teológica*. Hay que hablar de Dios. Lo que Dios quiere del hombre. Con frecuencia nuestra predicación es de carácter moralista y negativo, cuando no personal y local.

“¡Hasta cuándo nos hablarán de la torre, de la escuela, o del pavimento, me decía un católico de otra diócesis, y no nos hablarán de Dios!”.

No es que haya que descuidar la predicación de la moral. Es que, a menudo, si no se dan los fundamentos, ésta carece de sentido para los fieles. El cristianismo es esencialmente una “*religión teologal*”. No le hagamos perder su sentido fundamental.

Os entrego, amados sacerdotes, una página cáustica que no nos está mal de escuchar.

“No cesáis de hablarnos de nuestros deberes y de nuestras faltas al deber. Vuestros sermones caminan apoyados casi siempre en estas dos muletas. ¡Y bien! En el fondo no hay nada más fácil que proponer el deber, y distribuir reproches no cuesta nada...

Lo que es difícil y propiamente divino es darnos el gusto del deber y despertar en nosotros el sentido de la generosidad. Y el gusto del deber con cualquier nombre que se le llame es amor. Mis queridos predicadores, hacednos amar a Dios o mejor, ayudadnos a creer en su amor”. (42).

Hace ya 15 años os hablé sobre el tema de la predicación. Anda por allí un folleto de esos que, como el arpa del poeta, se encuentran “del salón en un ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidada”... con el título “*Ministerium Verbi*”, donde está escrita dicha alocución

En ella citaba a este propósito del tema que estamos tratando, una página admirable del Card. Mercier, que no me resisto otra vez a repetir:

“Vosotros predicáis la moral, os decía en una plática anterior, y la predicáis demasiado, con detrimento del dogma, la predicáis exageradamente bajo forma negativa, provocando a la lucha contra los vicios y pasiones, y demasiado poco bajo forma positiva por exhortaciones a la práctica del bien: insistiendo demasiado exclusivamente sobre el deber estricto, sin abrir horizontes sobre el ideal de una vida perfecta, a la cual toda alma está llamada y tiene los medios de alcanzar; la moral de nuestros sermones y confesionarios es demasiado la moral del deber y las virtudes y poco la de la caridad sobrenatural derramada por el Espíritu Santo en las almas bautizadas, confirmadas y alimentadas por la Santa Eucaristía. Pedís a las almas lo imposible, porque la virtud sin la gracia es prácticamente imposible. Os creéis compasivos y sois crueles. Es Cristo quien hay que dar, es El, su Evangelio, las riquezas de su gracia, su presencia y la del Espíritu Santo en el alma, la oración interior, la paz y la omnipotencia en la unión divina, la que se debe predicar.

(41) Cfr. *I Co.* 2, 4.

(42) Silens: *Nouvelle Revue Théologique* (1947), p. 578.

Pero esto no lo predicáis o no lo predicáis lo suficiente porque es el dogma y parece que el dogma os da temor.

Y así crece una generación de cristianos para los cuales el ideal es una corrección irreprochable, la "respectability" del gentleman, con algunas prácticas de religión los domingos y en Pascua, en los funerales y en una procesión del Santísimo Sacramento.

No predicáis el dogma.

Habláis de Dios, pero es el Ser Supremo, su infinita Majestad, su Providencia, su Santidad, su Justicia y su Misericordia, las que hacéis adorar: el Dios de la razón humana, de la filosofía ante el cual Juan J. Rousseau, Víctor Cousin, Julio Simón y entre nosotros Rogier y Orban se inclinan respetuosos.

Pero el Dios de nuestra fe revelada; la fecundidad interior de la Divinidad, las Procesiones divinas, la Misión de Cristo por su Padre, la Misión invisible del Espíritu Santo por el Padre y el Hijo en las almas; los atributos característicos de cada una de las Personas divinas, su contribución respectiva a la realización del plan sobrenatural; la habitación de la Santísima Trinidad en nosotros y nuestra unión con Ella por la gracia santificante ¿cuándo y con qué precisión y calor habláis de ella en el púlpito, en el catecismo y en vuestras direcciones espirituales?

Cristo, sí, habláis de El, es decir, hacéis conocer su historia terrestre, su infancia, su adolescencia, el relato de sus predicaciones, de sus milagros, de sus beneficios, su muerte y su resurrección, otros tantos acontecimientos que anuncian la fundación del reino de Dios; pero ese reino mismo, que se inicia en Pentecostés, se establece en la Iglesia, y en cada una de las almas bautizadas; la realeza espiritual de Cristo, de la cual hablan en términos tan emocionantes las antiguas Actas de los Mártires. "Acta Martyrum", cuando después de haber citado el nombre del emperador que ha ordenado la persecución, ellas añaden: "regnante Jesu Christo", bajo el reino de Jesucristo; su supremo sacerdocio en nuestros altares y ante la Majestad del Padre Celestial; su presencia permanente entre nosotros hasta el día de su juicio soberano; el interés que El toma en nuestras luchas y de la cual nos habla el Apocalipsis; su llamado constante hacia arriba donde El nos ha precedido para prepararnos un lugar y a propósito del cual el Apóstol San Pablo tenía para las poblaciones frívolas y sensuales del Asia Menor ese lenguaje que sería tan oportuno repetir a nuestro siglo perdidamente esclavo del oro y del placer: "Volved vuestros corazones hacia arriba, donde reina Cristo a la diestra de Dios; aplicaos a las cosas de arriba y no a los bajos intereses de la tierra, porque el cristiano debe considerarse como muerto a las cosas del tiempo presente, y su vida verdadera incorporada a Cristo está escondida en Dios". (Col 3, 2-3); esos múltiples aspectos de Cristo glorificado del cual el Jesús de la Judea nos preparaba su venida, ¿qué lugar ocupan en nuestra piedad personal y en nuestra predicación pastoral?

Y al Espíritu Santo ¿quién lo conoce en el pueblo cristiano, quién lo invoca, quién vive en intimidad con El?

Queridos cooperadores, vuestros fieles han oído hablar del Espíritu Santo, humanidad, la organización sobrenatural de la vida humana, de la familia y de la sociedad; debemos tener el pensamiento y corazón de los fieles en contacto con Cristo Rey, Sacerdote, Cabeza de la Iglesia, con "el Espíritu de Cristo escrutador y revelador de las profundidades de Dios" (I Cor. 2, 10) y por Cristo con la Santa Trinidad.

¿Me objetaréis, quizás que nuestro pueblo no está preparado a una enseñanza tan alta? Sea: a vosotros os toca entonces prepararlo a ella.

¿Qué sabe el común de los fieles de su presencia, de su obra de caridad, de paz, en el santuario del alma bautizada; de su papel en la perpetuación del sacerdocio? Se tiene devociones ardientes por tal o cual santo, escribe Mons. Dupanloup, y yo estoy lejos de condenarlas... se sabe su vida, sus acciones. Y al Espíritu Santo no se le conoce sino de nombre, se sabe apenas lo que es, lo que El ha hecho, lo que El hace todos los días en la Iglesia; y muchos a mis preguntas podrían responder con asombro lo que dijeron a San Pablo los discípulos de Efeso.

¿Estaba errado al deciros que no predicabais el dogma?

Y sin embargo, confesadlo, no hemos sido hechos sacerdotes, no hemos aceptado carga de almas para propagar la moral de Séneca, la filosofía religiosa de Juan J. Rousseau, el altruísmo elegante de los filántropos.

Somos ministros del Evangelio para predicar el Evangelio, o sea, el misterio cristiano, el comercio directo y viviente de la Trinidad Santa con la Pentecostés. Pero antes y después de Pentecostés, ¿cuándo y cómo se Se les predica cada año su venida visible sobre los apóstoles el día de habla de El?

El pueblo no puede creer sino a lo que se le enseña: "fides ex auditu", y ¿de dónde puede venir esta enseñanza sino de la predicación: "quo modo audient sine praedicante"?

Las poblaciones paganas de Atenas, de Tesalónica, de Roma, de Corinto, las Iglesias de Asia Menor, ¿estaban mejor preparadas a entender las cartas de San Pablo, el evangelio, y el apocalipsis del discípulo amado?

Olvidáis demasiado que no son ni el talento, ni la cultura profana lo que dispone al Misterio de gracia, sino el desasimiento, la simplicidad, la humildad, el espíritu de oración y de abandono.

Haceos un alma de niño, leal, confiada, dócil. Aspirad a dar en vuestro ministerio pastoral la parte más amplia al estudio y al espíritu de oración. no se da lo que no se tiene. El día en que estéis más íntimamente penetrados del soplo interior, más atentos a las aspiraciones y a la obra del Espíritu Santo en vosotros mismos, vuestra fe se aclarará, vuestro celo será más apostólico, vuestra palabra más comunicativa.

Dudaréis menos de la eficacia de vuestra misión. Porque, al fin, el Evangelio es lo que es. No tenéis ni una tilde que cambiar. No tenéis nada que substituirle. Hay que tomarlo, creerlo y predicarlo tal cual es" (43).

6) *Cristocéntrica*

La predicación será *cristocéntrica*. El hombre aguarda a Cristo. Es verdad que el hombre es pecador. Pero ha sido rescatado por Cristo. Es a El a quien busca en medio de su miseria. Es Cristo y su misterio el que hay que anunciar.

El mundo pagano no se convierte por la sabiduría de la filosofía, ni por la erudición de la ciencia, sino por la predicación del misterio de Cristo.

"Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a Cristo, y a Cristo crucificado" (44).

A veces hacemos del púlpito cátedra de filosofía o de sociología. No es que estos argumentos nos estén vedados. Pero ¡ay de nosotros si esto no lo predicamos en la luz de Jesucristo! Convertimos la predicación, que es divina, en una simple conferencia que podría darse en cualquier aula escolar o universitaria.

Lo que se pide es una predicación que sea a la vez, sobrenatural y real. Los profetas de Israel eran hombre metidos en la realidad nacional de su pueblo, pero eran ante todo, heraldos de la trascendencia divina.

Nuestra misión primera es anunciar a Cristo. El gran desconocido —el "ignoto Deo"— es Cristo.

Meditemos y repitamos con honda emoción la palabra humilde y fervorosa de Pablo:

"Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia haec: ingentibus evangelizare investigabiles divitias Christi" (45).

(43) Mercier: *La Vie Interieure*.

(44) *I Co.* 1, 22-23.

(45) Tr.: "A mí, inferior, al último de todos los cristianos, me fue dada esta gracia de evangelizar a los gentiles, la incalculable riqueza de Cristo"; *Ef.* 3, 8.

Esa predicación sobre Cristo ha de llevar a los oyentes a la confianza y a la unión con El. El 14 de septiembre pasado, S. S. el Papa hablaba sobre el tema: (46)

“La palabra de Dios en la comunidad cristiana” y decía a este respecto: “La predicación del Señor infundía en los corazones la unión con Cristo; la fe en Cristo, la confianza en el amor de Cristo, la entrega incondicional a Cristo y por Cristo (47) y su imitación. Cristo es el centro de la predicación.

Quien lee la predicación de Cristo en los Evangelios, se da cuenta que separar a Cristo de la predicación y de la Palabra de Dios, sería menoscabar y falsear su misma substancia. Es pues, Cristo inseparable también de la predicación del sacerdote en el ejercicio del ministerio pastoral, según la exhortación del Apóstol Pablo: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado (48).

A eso hemos sido llamados y eso es lo que se nos pide. No se exige al sacerdote elocuencia, ni ciencia profana. Se le exige en cambio que haga conocer a Cristo, su plan, su mensaje, su figura, sus promesas, su reino. El sacerdote es el anunciador de Cristo y debe dar el testimonio de su doctrina y de su vida.

7) *Eclesial*

La predicación será *eclesial*.

La predicación cristiana anuncia y realiza la Iglesia. Hay un plan salvífico de Dios sobre el mundo. Ese plan se realiza en su reino. Ese reino que comienza aquí en la tierra, es su Iglesia, que hay que darla a conocer. Para condenar la falsía del mundo hay que juzgarlo a la luz del misterio de la Iglesia.

Cristo ha venido a traer una vida nueva. La Iglesia es su dispensadora.

Ese sentido vital del Cristianismo es el que pone en los fieles la tensión de la esperanza y enciende la llama de la caridad apostólica.

La predicación considerada en este sentido de Iglesia, fuente y dispensadora de vida nueva, da todos los elementos de una vida espiritual humana y lleva a la síntesis y unidad del misterio cristiano.

“Es el mismo misterio cristiano que es dogma cuando se afirma en la trascendencia, que es moral cuando es participado vitalmente, y que es culto cuando es celebrado comunitariamente en la Iglesia” (49).

Establecidas estas ideas, ¿cuál debe ser la *preparación* del sacerdote a la predicación?

a) Necesitamos en primer lugar, *vivir* la palabra que enseñamos. Nuestra vida interior debe alimentarse de la palabra de Dios “profert de thesauro suo nova et vetera”.

(46) S. S. Pío XII, 15-IX-1956.

(47) Mt. 10, 36-39.

(48) 2 Co. 4,5.

(49) P. Liégé, O. P.

“Hay que predicar la Vida con nuestra vida, os decía en 1942 y os lo repito ahora. Para que la palabra llegue al corazón hay que incorporarla en sí mismo, así como para que la palabra eterna y sustancial llegara al hombre fue necesario que se hiciera carne en Cristo Nuestro Señor. Verbum caro. Nadie puede ser predicador sino bajo esa condición” (50).

b) Necesitamos, en segundo lugar, estudiar la palabra que vamos a predicar.

“Que el Señor sea en tu corazón y en tus labios para que digna y competentemente anuncies su Evangelio”.

Nos dice la liturgia al bendecir al sacerdote que anuncia la palabra de Dios.

S. S. Benedicto XV en su Encíclica *Humani Generis* del 15 de junio de 1917, da a los predicadores esta advertencia: “Nemo praedicationem suscipiat, quin digne et proxime se praeparaverit studio simul et oratione” (51).

Quisiera solamente al tratar este punto, insistir en la predicación bíblica y litúrgica. La inspiración bíblica nos da el sentido de la historia. Es el testimonio de una revelación progresiva. La Biblia en el marco de la liturgia nos da el misterio viviente de Dios, de Cristo y de la Iglesia. Los misterios cristianos, son en ese marco acontecimientos y no aniversarios. Ellos nos dan la realidad actual de la vida de la Iglesia en cada comunidad parroquial y en cada alma personal.

Hay que descubrir, por el estudio, la meditación y la oración, la palabra de Dios en la escuela de la liturgia, que nos da la Biblia en el plan que Dios quiso distribuirles a los hombres.

c) Por último necesitamos tomar conciencia que la lectura de la palabra de Dios es uno de los elementos más importantes de la liturgia. Desde la más remota antigüedad la Iglesia asocia estrechamente la lectura de la Sagrada Escritura y la ofrenda del sacrificio. La última Cena da el modelo de la liturgia nueva, uniendo en forma íntima palabra y sacrificio. La vida cristiana tiene su base en la lectura de los Libros Santos y en la Homilía que la explica, comenta y aplica. La eficacia de la palabra de Dios se refuerza por su unión al Sacrificio. La liturgia de la palabra es la mejor preparación al sacrificio. Ella anima la fe, alienta la esperanza, enciende el amor en respuesta al amor de Dios.

Tal es el tema magníficamente desarrollado por el P. Agustín Bea, S. I. en el reciente Congreso de Pastoral Litúrgica.

“En nuestro tiempo, agrega el citado autor, donde la reunión religiosa semanal es casi la única ocasión de desarrollar la cultura religiosa de los fieles, los pastores celosos procurarán una elección abundante de pasajes escriturísticos tales, que abarquen los puntos más importantes de la fe” (52).

El mismo autor hace ver como la Divina Providencia ha suscitado, al mismo tiempo, en la Iglesia un nuevo amor por la Sagrada Liturgia y un ardor renovado por los estudios escriturísticos (53).

(50) Mons. Manuel Larraín: *Ministerium Verbi*.

(51) Tr.: “Nadie asuma la predicación, sin haberse preparado dignamente a través del estudio y la oración”.

(52) Ver el trabajo del P. Bea: *Valor pastoral de la Palabra de Dios en la liturgia*, Asís, IX-1956.

(53) *Ibid.*

La Misa es la asamblea —su gran reunión cultural y sacrificial—. Sin embargo, no podríamos comprender el sentido de esa asamblea sin la presencia de la palabra divina, de su lectura inteligente y de su comentario adecuado.

Cuán urgente sea entre nosotros este apostolado de la predicación que consolida y extiende la fe, lo vemos ante un hecho que vosotros bien conocéis.

Nos encontramos, amados sacerdotes, ante una ofensiva cada vez más intensa de las sectas. “El que tenga oídos para oír, que escuche”.

¿Cuál es su arma fundamental? Yo confío que mi clero no va a dar el argumento simplista, que por desgracia a veces se escucha: “el oro yankee”. Ese argumento prueba tanto como “el oro de Moscú” para explicar el comunismo. Y sin embargo, somos fáciles para esgrimir argumentos de ese estilo. No, señores sacerdotes, no es el oro yankee. Que de serlo, estaríamos dando un argumento terrible contra nosotros mismos, como que hubiéramos dado un cristianismo de tan baja ley, que se compra con un puñado de monedas.

La causa de la difusión de las sectas está en la importancia que dan a la predicación. Sus adeptos la oyen: porque la comprenden —porque es directa —porque cita abundantemente la Biblia —porque está entremezclada de cánticos —y porque es convencida.

Hay además en ella un sentido profético en el sentido bíblico de la palabra.

Anuncian los grandes hechos de Dios. Y los anuncian con el entusiasmo del que sabe que el Espíritu de Dios habla por su boca.

¿No fué acaso la predicación de la primera edad cristiana una predicación *kerigmática*, es decir de anuncio, de proclamación pública de la salvación de Dios en Cristo para todo hombre que cree?

Y ¿no fué esa predicación la que convirtió al mundo infiel?

¿No tenía en su fondo un hondo sentido profético y un entusiasmo que aún, a pesar de 20 siglos pasados, su lectura sobrecoge y emociona?

Yo pienso, que así como el comunismo se sirve de muchas verdades cristianas que nosotros hemos dejado dormir, así las sectas en su trabajo, en su propagación extraordinaria, y en su celo, nos están diciendo a nosotros sacerdotes, cual es el camino que hemos de seguir en nuestro apostolado recordándonos en forma viva la palabra de Pablo: “Cristo me ha enviado a proclamar el Evangelio” (54).

8) *Condiciones de la predicación actual*

Pero esta predicación de la palabra de Dios, eterna en su contenido, ha de ser *adaptada*. Hay que hablar a los hombres de nuestro tiempo con su mentalidad, preocupaciones y problemas.

Basándonos en los estudios de un notable autor (Hitz) concretamos las tres características que ha de tener la predicación de hoy para actuar sobre la mentalidad contemporánea:

(54) *I Co.* 1, 17.

a) *Ha de ser real*

La predicación debe estar encarnada en la mentalidad del auditorio —Adaptada a los diferentes ambientes —psicológica, es decir cerca de los hombres de hoy, —predicación real que trate problemas reales y dé alimento real a las almas, —que se dirija de modo de ser comprendida por un auditorio que tiene responsabilidades concretas en su vida. Que sea apta a fructificar en el corazón de cada uno de sus oyentes.

Más que predicar, hablemos un lenguaje simple, directo y vivo para contar a esos hombres el Evangelio de Cristo y sus aplicaciones.

Tal como las Actas nos refieren, “Proclamemos en nuestras lenguas las maravillas de Dios” (55).

b) *Ha de ser actual*

Tengamos cuidado con esta palabra, señores sacerdotes. Hay quienes quisieran cambiar los temas de predicación por problemas actuales.

Nuestra actualidad no consiste en ser infieles a la misión fundamental: “Predicad el Evangelio”. S. S. Benedicto XV decía a los predicadores cuaresmales: “Predicad todo el Evangelio y sólo el Evangelio”.

La actualidad es enfrentar a las grandes corrientes ideológicas de nuestro tiempo el anuncio eterno de Dios.

Dos grandes problemas sacuden nuestro tiempo: el de la historia y el de la existencia. Nuestra puesta es proclamar en lengua de hoy, con todo el vigor cristiano, el misterio pascual de Cristo, de la Iglesia, del hombre y de la historia.

Seremos actuales, no sacrificando el Evangelio a los problemas de hoy, sino proyectando esos mismos problemas en el sentido sobrenatural que Cristo nos entrega.

El conocido escritor húngaro, Mons. Tihamer Toth, decía:

“Para la predicación, el orador sagrado de nuestros días debe tener en sus manos el Evangelio y su periódico diario. ¿Qué quiere decir esto? Que si el mundo sobrenatural es inmortal, el mundo en el cual nos movemos es efímero, mundo de un día y de una hora. Y el predicador debe contemplar y esforzarse en unirlos a ambos” (56).

Nuestra predicación es la palabra de Dios a los hombres de hoy. Para que sea eficaz debe ser concreta y para que sea concreta debe apoyarse en un triple conocimiento; el dogma, los hombres y el tiempo actual.

El sentido del hombre, del mundo y de la historia, sólo pueden encontrarse a la luz del sentido de Dios, del pecado y de la redención.

c) *Ha de ser evangélica*

La psicología de la profundidad nos señala cómo en el fondo del hombre hay un deseo de salvación y de felicidad que lo lleva hacia el infinito.

(55) *Hch.* 2, 11.

(56) Mons. Tihamer Toth, *Diez Mandamientos*.

El hombre espera a Cristo.

La predicación ha de responder a esa espera misteriosa y profunda.

Esa predicación ha de ser evangélica, —llena de confianza, —impulsada por la esperanza. —Una predicación tal como la de Pablo a los Romanos (57), que tiene el sentido del valor, de la fuerza y del tiempo, y que hará posible a nuestro hombre del siglo XX seguir a Cristo con toda la decisión y entusiasmo que se precisa.

9) Conclusiones de la Semana de Montpellier

Termino estas ideas sobre la predicación, transmitiéndonos las conclusiones de la Semana de Estudios Pastorales (58) sobre el tema: "*El Sacerdote Ministro de la Palabra*":

"El ministerio de la palabra es esencial para el sacerdote en virtud de la misión que la Iglesia le confía el día de su ordenación sacerdotal y de la particular función que su Obispo le encomienda.

El sacerdote no debe nunca olvidar que habla en nombre de Dios y de la Iglesia y que tiene el mandato de comunicar a los fieles el mensaje que Cristo confió a su Iglesia, sin alterarlo jamás con sus personales puntos de vista. Pero también debe tener la convicción de que, por muy importante que sea, la predicación no basta: es preciso agregar a ella los diferentes medios de enseñanza y de formación que el mundo moderno pone a nuestra disposición, y, además, es necesario completarla con la Acción Católica.

El carácter sagrado de este ministerio y su importancia para el desarrollo del Cuerpo Místico y para la salvación del mundo exige que el sacerdote se prepare de la mejor manera posible tanto perfeccionando continuamente los conocimientos adquiridos en el seminario, como tratando de conseguir una buena técnica oratoria.

Además, el sacerdote debe mantenerse constantemente en contacto con los habitantes de su parroquia a fin de satisfacer sus necesidades espirituales en la manera que más convenga a su idiosincracia y a sus disposiciones espirituales. La preparación común de sacerdotes de una misma parroquia o de parroquias vecinas puede a menudo resultar muy útil.

La predicación deberá tener en cuenta, según las circunstancias, las formas de enseñanza tradicional en el ámbito de la Iglesia: la evangelización misionera, la catequística y la teológica; además, deberá hacer todo lo posible por apoyar la moral sobre el dogma.

Deberá tomar en cuenta el materialismo del ambiente y particularmente las corrientes existencialistas y marxistas a las que más o menos conscientemente muchos contemporáneos nuestros se adhieren; su enseñanza se basará, pues, en el optimismo sobrenatural contra el pesimismo existencialista y en una gran confianza en la Iglesia, en sus estructuras y en su misión, contra el espíritu revolucionario marxista. "La enseñanza cristiana no engaña".

El mensaje cristiano consiste en la predicación de la doctrina de Jesucristo.

El sacerdote debe hacer conocer a sus oyentes el Cristo auténtico, el Cristo del Evangelio, el Hijo dilecto del Padre, que bajó a la tierra para realizar la voluntad del Padre y que regresa al Padre; debe hacerles conocer, a través de la gracia del Espíritu Santo, el Cristo que todavía continúa construyendo su Iglesia.

El sacerdote debe pesentar este mensaje en una forma viva y atrayente que ayude a sus oyentes a conocer cada vez más la intimidad de Cristo, con espíritu apostólico.

(57) *Rm.* 8, 31-38.

(58) Montpellier, 1954.

El predicador no debe olvidar que es en la vida cotidiana, personal, familiar, profesional o civil, donde los fieles deben encarnar su cristianismo. Por consiguiente él debe conocer los problemas familiares, los conflictos sociales, inspirarse en las directivas pontificias y episcopales; no debe ignorar ningún aspecto de la realidad, pero debe hablar sobre ellos como Dios quiere que se haga; por una parte no deberá abusar de su autoridad para imponer sus preferencias personales de carácter cívico, social o internacional en las cuestiones en que el seglar puede elegir libremente. Por otra parte debe tener la convicción de que no existe esfera de la actividad humana que escape a la ley divina: La Iglesia tiene la misión de recordar las exigencias de esta ley para favorecer la formación y la conservación de un orden que esté de acuerdo con las exigencias evangélicas y el sacerdote no debe vacilar en sacudir las conciencias que se conforman demasiado fácilmente. Con el mismo espíritu afrontará con mucha discreción los problemas locales evitando toda alusión personal.

La predicación debe preparar a la vida cristiana. Ella conducirá a los fieles a la oración y les hará conocer particularmente el "mysterium fidei" tal como nos lo ofrece la Misa. Estos objetivos serán alcanzados si el predicador, gracias a un contacto habitual, sabrá inspirarse ampliamente en la Biblia, la liturgia, el espíritu de la Tradición, según las enseñanzas de los Papas y los Obispos.

Como dice el Santo Padre "esta predicación podrá, según las circunstancias, presentar un carácter más particularmente litúrgico, bíblico o didáctico, pero nunca deberá dejar de ser una enseñanza para el espíritu". Es necesario desconfiar tanto del arcaísmo bíblicista o litúrgico que desconozca la Tradición y el desarrollo del dogma, como de las desviaciones de una teología que no considere las fuentes de la fe.

La predicación sólo dará frutos, si los fieles la escuchan con docilidad hacia el Espíritu Santo. Ellos no deben temer confiar con simplicidad al sacerdote sus necesidades espirituales y las dificultades de sus vidas para que de este modo puedan obtener la ayuda necesaria que les permita hacer frente a todas sus responsabilidades. Además, ellos no deberán vacilar en solicitar explicaciones sobre los sermones escuchados.

Pero lo más importante para que una predicación sea eficaz, es sobre todo, la *santidad del sacerdote*. Este debe ser un *hombre de fe* y debe poner el ardiente deseo de comunicar su fe a los oyentes. Su predicación será la irradiación de su alma sacerdotal, en perfecta continuidad con su oración, mental, su breviario y su celebración de la liturgia. Deberá dedicar a la preparación de sus sermones el tiempo necesario; ello contribuirá a hacer de la *misa de los domingos el centro de su vida apostólica*. Sólo así la predicación será para él y para los oyentes, un medio de santificación".

10) *El Culto*

La gran tarea que se nos ha entregado es la de evangelizar. Dios tiene un plan salvador. Ese plan se expresa en Cristo.

"Amó Dios de tal manera al mundo que le dio a su Hijo Unigénito para que todo el que crea en El, no perezca, sino tenga vida eterna" (59).

Cristo viene a salvar. A dar al hombre una nueva vida: "He venido a que tengan vida y la tengan con mayor abundancia". El misterio salvador de Cristo se continúa en la Iglesia. La Iglesia encierra el misterio de salvación de la humanidad.

Todo en la Iglesia está orientado hacia un fin: que el misterio de Dios se comunique a todos los hombre, que la acción redentora de Cristo

.59) *Jn.* 3, 16.

se extienda: "que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la Verdad".

La Iglesia es una comunidad que anuncia la Buena Nueva cuando predica, que enseña el contenido doctrinal de ese anuncio cuando catequiza, que da gloria a Dios e impetra las gracias de salvación cuando celebra su culto.

De ahí que el culto como la predicación tiene un hondo sentido pastoral de evangelización.

Si bien el culto es ante todo plegaria, encierra en sí un inmenso valor de evangelización.

"La liturgia, según los Santos Padres, decía el Cardenal Schuster, no es solamente el rito legítimo con el cual la Iglesia por Cristo "*Pontificem confessionis nostrae*" adora perfectamente a Dios en espíritu y en verdad, sino que representa, especialmente para los pastores de almas, la pedagogía sobrenatural y divina con la cual los hijos de Dios son educados para la vida eterna".

Recientemente, el Rvdo. P. Jungmann, S. I., ha tratado en el Primer Congreso Internacional de Pastoral Litúrgica, el tema "la pastoral llave de la vida litúrgica", para mostrar en forma profunda y erudita el sentido evangelizador del Culto Católico.

Ese sentido evangelizador, según el autor citado, responde a las tres preocupaciones pastorales en la Iglesia, que junto con su deseo de dar gloria a Dios son el alma del desarrollo litúrgico.

a) La liturgia ayuda a formar la conciencia de los cristianos: que ellos forman una comunidad, iniciándolos a una acción comunitaria.

b) La liturgia ha educado y educa a los fieles a un cristianismo consciente.

Por la liturgia la Iglesia afirma al cristiano en la Buena Nueva de su salvación. Las oraciones litúrgicas constituyen un catecismo de los motivos de la alegría cristiana. La liturgia pone constantemente ante el cristiano los grandes hechos de la historia de la salvación.

"El año litúrgico, como escribe don Festugiere, hace participar al cristiano, estación por estación y casi día por día, los sentimientos de Cristo en sus divinos misterios y de este modo hace vivir al hombre la vida de Dios" (60).

c) La liturgia ha querido constantemente formar a los fieles en una oración auténticamente cristiana. Oración de alabanza y de gratitud sobre todo.

La misa dominical, la celebración de la Eucaristía, permanecerá siempre la escuela de acción de gracias verdadera y la súplica por Cristo, con Cristo y en Cristo (61).

Pero se me preguntará ¿cómo podremos, en la práctica, aplicar estas ideas?

Me apresuro a responder: demos a nuestro pueblo fiel, la inteligencia de la misa. No sólo que la comprendan, sino que la vivan, y que al vivirla sientan que es *todo el misterio* cristiano el que está viviendo y realizando en ella.

(60) Don Festugiere, *La Liturgie Catholique* p. 119.

(61) Ver las Actas del Congreso de Asís, IX-1956, P. Jungmann



ARRIBA: El ex Presidente de la República, Eduardo Frei, ante los restos de su antiguo asesor en la Acción Católica.



A LA DERECHA: Uno de sus hijos, ante la cruz que recuerda el lugar exacto de su partida.



11) *Pastoral de la Misa*

Sirvan estas ideas, que ciertamente requieren un mayor desarrollo, a dar las líneas fundamentales de la pastoral de la misa y con ella, de otro medio imprescindible de evangelización.

a) La misa es la reunión de la comunidad cristiana. Su nombre griego primitivo "sinaxis" expresa esta idea.

b) La Iglesia de Cristo es una comunidad. La palabra griega "ecclesia" del verbo "ekaleo"; convocar, reunir, nos dice su realidad fundamental.

Como toda sociedad, tiene su reunión, donde expresa su naturaleza íntima y tiende a los fines para los cuales fue fundada.

La reunión de la Iglesia es la Misa. En ella se renueva el acto redentor de Cristo, para gloria de Dios y salvación de los hombres.

c) Siendo la Iglesia Católica, universal, esta reunión ha de hacerse en muchos lugares. Las diversas comunidades se reúnen en parroquias o templos.

Pero esa reunión es en cada sitio "la asamblea del pueblo de Dios".

d) La Misa, asamblea de la comunidad cristiana, revive el misterio de Jesús. Jesús fue Maestro. Vino a enseñar la verdad. Dejó a la Iglesia su mensaje doctrinal y su orden perentoria de enseñar.

La Misa es, en primer lugar, una *escuela* donde los discípulos de Cristo reciben esa enseñanza.

Esa enseñanza se da por libros y por maestros. Los libros son la lectura de la Biblia (Epístola y Evangelio). El Maestro es el sacerdote que con autoridad de la Iglesia, es decir de Cristo, complementa la enseñanza de la Biblia comentando, explicando la enseñanza de la Biblia, comentando, explicando y poniendo en contacto con la vida de los hombres que lo escuchan, la verdad de los Libros Santos.

e) Pero Jesús fue ante todo Sacerdote. —Vino a alabar a Dios a nombre de toda la creación. —Vino a expiar los pecados de la humanidad caída en Adán. —Vino a elevar al cielo el agradecimiento por los beneficios recibidos por toda la humanidad. —Vino a suplicar "con lágrimas y ruegos" por nuestras necesidades.

En Cristo, como San Pablo enseña, se recapitulan toda la humanidad y la creación.

Toda su vida terrena culmina en el Sacrificio de la Cruz.

Como todo sacrificio, es el ofrecimiento a Dios de algo que es destinado para reconocer su Majestad Soberana.

En la Cruz la Víctima ofrecida e inmolada fue Jesús. De ahí el infinito valor del Sacrificio del Calvario.

Ese sacrificio Cristo lo entregó a la Iglesia instituyendo la Misa para que en Ella lo continuaran y aplicaran a cada fiel.

La Misa es la reunión de los hijos de Dios, donde comunitariamente se renuevan, por el sacerdote, el gesto redentor de Cristo y donde los fieles, con el sacerdote, ofrecen los dones del pan y del vino, oferta que se transforma, por la consagración, en el Cuerpo y Sangre de Jesús.

La Misa es la reunión de los hijos de Dios, que por el bautismo le han sido *consagrados* a Ella y que en esta asamblea dan, en unión del Sacerdote, a Dios el legítimo culto que le es debido.

f) La Iglesia es la *familia de Dios*. La Misa es la *reunión* de esa familia.

En ella hay una mesa. Los hijos son invitados a esa mesa. El manjar que ahí reciben es la misma Víctima que ha sido inmolada. La Comunión

es el banquete de la familia cristiana. Por ella, los hermanos se unen, se hacen "concorporales". La comunidad cristiana saca de la comunión su fuerza y su unidad.

g) Por último la Iglesia no es una cosa estática o inmóvil. Es el pueblo fiel que camina hacia la Patria. La Iglesia es el misterio de la esperanza y esa tensión de lo que espera ha de ser su impulso.

La Misa tiene tres procesiones; la inicial al altar (muy reducida ahora desgraciadamente), al ofertorio a presentar sus dones y a la comunión para acercarnos a la mesa.

Esta triple procesión tiene un gran valor pastoral y evangelizador. Ella nos da el sentido de la vida humana, transitoria. Del misterio pascual, paso de la muerte a la vida. De la Iglesia militante que camina hacia la eternidad (62).

¿Sabemos dar a nuestra Misa el sentido evangelizador que contiene?

Si la Misa fuera para los fieles consciente y amorosamente lo que es en su realidad mística: escuela donde se oye la palabra divina —comunidad que ofrece el sacrificio de alabanzas y reparación en reunión en torno a la Mesa del Padre para comer "el pan de los hijos y el alimento de los viajantes" —itinerario hacia la Patria eterna, ¿no es verdad que un hondo sentido de Cristo y de la Iglesia existiría en nuestros fieles, tan diverso del externo y frío que hoy reina?

La Misa así comprendida nos lleva a hacer que el pueblo participe activamente en ella.

"En la Santa Misa no hay que ser sólo simples expectadores", ha dicho S. S. Pío XI.

¿Pensamos en las Misas silenciosas donde los fieles "oyen" la Misa sin participar en ella? ¿O en las Misas donde, contrariando el claro espíritu de la liturgia, se reza de todo... menos la Misa? ¿O en las Misas donde un "coro" sin vinculación espiritual con la asamblea de los fieles canta y su canto nada tiene que ver con lo que se hace en el altar, apartándose así del espíritu y letra de la Encíclica *Musicae Sacrae disciplina*?

La participación activa en la Misa lleva a dar a los fieles un sentido de profundización y de extensión. Profundizarán el misterio de la Iglesia descubrirán su sentido e irán así a un cristianismo integral.

La participación activa dando un sentido de Iglesia producirá un espíritu misionero de expansión y crecimiento.

Yo pregunto a mis sacerdotes, cuyo celo pastoral conozco y aprecio, ¿toda nuestra múltiple actividad de qué nos sirve, si en el templo, en el cual *todas* estas iniciativas pastorales debieran encontrarse, se asiste a ritos incomprensibles y pasivos?

Un buen cura se hace esta pregunta: ¿qué hacen y en qué piensan los fieles durante la Misa?

La era de la apostasía religiosa que vivimos llama como una exigencia evangelizadora a la era de la participación litúrgica.

La participación activa crea una atmósfera de alegría, haciendo vivir cada domingo el misterio pascual. Da a la piedad una base dogmática y social. El cristiano vive su Iglesia. La verdadera comunidad se forma. En ella el pueblo de Dios se reúne a orar, a cantar, a oír la palabra divina, a formar la verdadera comunidad.

(62) Cfr.. Card. Lercaro, *La Messa, asamblea del popolo di Dio*.

Las costumbres cambian al impulso de estas ideas profundas que las renuevan y levantan.

Como bien dice un folleto de participación litúrgica editado en nuestra hermana Argentina.

“Ya es hora de despertarnos de nuestro sueño. Los cristianos no van al templo los domingos, porque no entienden las “cosas extrañas” que se realizan ante ellos. Es un deber de sacerdotes y laicos de A. C. acercarlos a Dios por la comprensión y participación en la liturgia de la Misa. El Misal... es caro y aún puede crear una piedad “individualista”. La Misa es Oración Común; deben rezar todos, en voz alta, para unirse a todos los que están en la Asamblea y arrastrar en esa corriente a esos cristianos “nuevos” que, por alguna causa, están este domingo entre nosotros. Así la Misa no se “oye”, así no se “asiste”. Así se reza, se la “ofrece” todos tienen algo que decir y algo que hacer. No se es un pilar más. Se es un miembro consciente de Cristo-Sacerdote”.

Señores sacerdotes:

Cristo nos ha entregado el ministerio de Evangelización. La Iglesia en su Culto, y especialmente en la Misa, nos da un medio poderoso y altísimo. ¿Desearemos que estos tesoros de verdad y vida permanezcan desconocidos?

¿No habrá en nuestra pastoral cambios que efectuar? ¿Cuál otro será, sino aquél que San Pío X nos señalaba: “Revertimini ad fontes”, “volved a las fuentes”?

Demos a la predicación y al Culto el valor de evangelización que tienen, y veremos realizarse esa renovación espiritual que todos anhelamos.

“Todos nosotros, dice el difunto Abad de María Laach, Don Herwegen, tenemos necesidad en los duros tiempos que atravesamos, de nuevas fuerzas. Volvamos a las fuentes donde la Iglesia primitiva, dolorosamente perseguida, ha encontrado la fuerza del martirio, a las fuentes donde la institución monacal, en el fin del mundo antiguo sacó nuevas fuerzas vitales”.

12) *Tres ideas finales*

No podría terminar sin añadir tres ideas que complementan lo antes dicho.

Nuestro ministerio fundamental es el de Evangelizar. El mundo actual lo exige en forma imperiosa. Nuestra Diócesis será transformada si un gran soplo de evangelización la alienta. Para esto hemos de insistir en una idea; anunciar, extender, robustecer, afirmar la fe.

Los medios principales de evangelización, predicación y culto, los hemos también señalado.

No nos resta sino decir que esa evangelización para que sea efectiva, precisa *tres cosas*; un ambiente de dignidad humana en donde la vida cristiana pueda desarrollarse; un signo inequívoco de autenticidad, que es un espíritu de *ardiente caridad* fraterna animando nuestras empresas y alentando nuestras comunidades cristianas, y un testimonio auténtico de espíritu evangélico de parte nuestra.

13) *Dignidad humana*

Sí, amados sacerdotes, necesitamos un ambiente de dignidad humana donde la simiente evangelizadora pueda desarrollarse y prosperar. Y

esto significa, sin reticencias, una posición decidida y franca en lo social. Una de las causas más hondas de la actual apostasía ha sido la inercia de los católicos en promover la justicia social. Después de las clarísimas directivas de los Sumos Pontífices, no hay derecho a mantener una actitud vacilante o tímida.

Hay una doctrina social de la Iglesia y a la implantación de ella está subordinada, según expresa declaración de la Santa Sede al Cardenal de Santiago, el porvenir de la Iglesia en Chile.

El comunismo no se vencerá con medidas policiales, sino con la aplicación de una amplia y profunda justicia social. Hay ciertos anti-comunismos que en el fondo le hacen a éste su juego. No es esa nuestra posición. Somos anticomunistas porque estamos convencidos que ahí no se da al pueblo la solución de justicia que anhela y porque estamos ciertos que nuestras doctrinas sociales, ampliamente implantadas, han de dársela.

Esta posición social, señores sacerdotes, es audaz, pero es serena. Es tranquila, pero es firme. Es honda, pero no es demagógica.

Ni promesas, ni amenazas, ni dicerios.

Es verdad que liberta, justicia que pacifica y, sobre todo, caridad que une.

En esta posición social hemos de evitar dos escollos:

a) No mezclarnos en los problemas técnicos que no nos competen y son del dominio de los seglares. Nuestra misión es recordar los principios y *formar las conciencias*. No dirigir las instituciones económico-sociales ni intervenir en sus problemas específicos. Formar en cambio los seglares aptos para dar en esos ambientes el testimonio cristiano que se requiere y ser siempre para ellos la brújula que los oriente, hacia un orden social, que se basa en el derecho natural, pero que se corona en la vida de gracia y de perfección cristiana.

"Es por medio de la conciencia del laico, como la ley divina se inscribe en la ciudad terrestre" ha dicho S. S. Pío XII.

b) No hacer de nuestro apostolado social un fin en sí mismo. El sacerdote no puede olvidar jamás el carácter sobrenatural y trascendente de su misión. Nuestra misión será "enseñar a los hombres que hay problemas espirituales en lo temporal, y que lo eterno se hace con lo temporal" (Directorio Pastoral francés). Hay que evitar el error en que algunos sectores cayeron diciendo: "hay primero que civilizar, después evangelizar". "La Iglesia, como dice S. S. Pío XI, no evangeliza civilizando, sino al contrario, civiliza evangelizando".

El sacerdote no puede permanecer indiferente ante el gran problema del siglo XX que toca en forma tan íntima la vida espiritual de tantos fieles.

"Por falsos, condenables o peligrosos que hayan sido y sean los caminos seguidos, dice el Papa actual, ¿qué cristiano y sobre todo qué sacerdote podría permanecer sordo al grito que brota de lo profundo y reclama en el mundo de un Dios justo, justicia y fraternidad?" (63).

De un modo especial, amados sacerdotes, dado el carácter rural de esta Diócesis, nuestra preocupación principal debe estar en la solución de los múltiples problemas espirituales, sociales y económicos relacionados con el agro. Sed firmes, sed serenos, sed prudentes con la verdadera pru-

(63) S. S. Pío XII.

dencia cristiana, para hacer que los principios sociales cristianos imperen en los diferentes ambientes y hagan así posible una verdadera acción evangelizadora.

Si tenéis que sufrir por ello, no olvidéis que cuando se lucha por el reino de Dios y su justicia, el tiempo y Dios también hacen justicia, y hay una bienaventuranza prometida a los que sufren por ella, que debe inundar de gozo nuestros corazones.

14) *Testimonio de caridad*

La acción evangelizadora, ha de tener un signo inequívoco de autenticidad; *la caridad que la inspire.*

Es la consigna suprema dejada por Jesús. "El mundo conocerá que somos sus discípulos, en la caridad".

Esa caridad, amados sacerdotes, debe alejarnos de todo prejuicio social, de todo espíritu de castas de clase, de partido o de raza.

Esa caridad debe presidir todas nuestras actividades, pensando que nuestra misión es universal y hemos sido enviados para salvar a todos, los que creen y los que no creen, los que hablan bien y los que hablan mal de nosotros, los pobres y los ricos, los ignorantes y los letrados.

Caridad que debe de una manera especialísima expresarse hacia los que profesan doctrinas contrarias a la nuestra: los protestantes y los comunistas. Parece que a veces fuésemos tentados de la tentación del Apóstol Santiago, de pedir que llueva fuego del cielo sobre los adversarios. Pero, si esa tentación viene, no olvidemos, amados sacerdotes, la respuesta del Señor: "no sabéis de qué espíritu sois".

Caridad, sobre todo con los pobres. "Los tendremos siempre con nosotros", como el Señor nos lo dijo. Sirviéndolos a ellos servimos a Jesús. En lo que por ellos hagamos o dejemos de hacer seremos juzgados.

Nuestra evangelización será efectiva si damos esta señal de la autenticidad de nuestra misión. Fue la misma que dio Jesús a los enviados del Bautista: "pauperes evangelizantur". Se evangeliza a los pobres. Pero no olvidemos que no se puede predicar a estómagos vacíos. Que, al decir del Angélico, "un mínimo de bienestar material se precisa para el cumplimiento de la virtud cristiana". La miseria crece, y ella es una bofetada a nuestro rostro de cristianos.

Yo os pido, amados sacerdotes, promováis por vuestro trabajo y ejemplo, en toda la Diócesis, un gran movimiento de fraterno auxilio cristiano. De auténtica caridad. De hondo sentido del pobre. De respeto por su dolor y por su eminente dignidad.

Y entonces, en ese signo, el más auténtico de todos, "el que no pasa", "se conocerá que somos sus discípulos".

Hay que hacer que la comunidad que ora, sea al mismo tiempo una comunidad que ama.

Hay que dar el gran argumento del siglo I al mundo que no cree: "Mirad cómo se aman estos cristianos".

Hay que hacer que se forme la conciencia que cada uno de nosotros y este mundo en que hoy vivimos, "seremos juzgados en el amor".

15) *Vida apostólica*

Por último, amados sacerdotes, unas breves y postreras palabras, pero que encierran la clave de nuestra labor evangelizadora.

Cumpliremos este altísimo ministerio en la medida del testimonio de vida evangélica que demos.

El mundo no cree en las palabras. Ha oído demasiadas. Ni cree en los medios humanos. Ha visto el siglo de mayor progreso convertido en el siglo más inhumano.

El mundo cree en la santidad. El mundo espera en el Evangelio y en los que lo encarnan.

Y esa es la condición indispensable de nuestro ministerio evangelizador; un ideal evangélico auténticamente vivido.

“Que así nos estimen los hombres, como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (64).

Ministros, no sólo por la fuerza del sacramento, sino por la irradiación de la virtud.

Que vean a Cristo en nosotros. Y entonces nuestra palabra, nuestra acción, nuestro ministerio, tendrán plena eficacia.

Para eso hemos de ser hombres de oración, “llenos de fe y de Espíritu Santo”. Hemos de ser los hombres que después de haber contemplado en la oración damos a nuestros hermanos de lo que sobreabundan nuestras almas.

Señores sacerdotes, seamos fieles a la oración mental, seamos atentos y cuidadosos al breviario, seamos fervorosos en el altar, reverentes en la administración de los sacramentos, iluminados siempre por la santidad del ministerio confiado.

Sepamos ser el testimonio de renovación cristiana encarnando una “apostólica vivendi forma”.

Y, sobre todo, pensemos con amor y temor “lo que se pide a los administradores es que sean fieles” (65).

Así, en este siglo XX, y en esta Diócesis de Talca, habremos dado respuesta al gran llamado que nos viene de Pablo y que la generación presente nos repite como una terrible exigencia apostólica:

“Opus fac evangelistae”.

Haz obra de evangelizador (66).

(64) *1 Co.* 4, 1.

(65) *1 Co.* 4, 2.

(66) *2 Tm.* 4, 5

LINEAS PARA UNA ACCION PASTORAL (1)
(1961)

P R E F A C I O

Hay un caminar de Dios en la historia.

Mientras el mundo gira, la cruz permanece. "Stat Crux dum volvitur orbis".

Es necesario conocer las vías por donde avanza el reino de Dios.

Hay que ver las líneas de convergencia entre el desarrollo del mundo y el plan salvador de Dios.

Es menester recordar que el Dios eterno habla en el tiempo, que la Palabra increada se hizo carne, que "Aquel que los cielos no pueden contener", se hizo visible en una cuna, redimió desde un madero y triunfó desde un sepulcro.

Hay que escuchar la voz de la creación "que gime con dolores de parto esperando su liberación" (Rom. VIII, 22).

Hay que unir las dos realidades; la eterna de la fe y la cambiante de la vida.

Sobre estas ideas, se han escrito estas líneas, que no pretenden ser ni un tratado, ni un programa, sino lo que su nombre sencillo expresa: "líneas". Ideas generales, que nos dan una visión histórica, una diagnosis presente y un plan de futuro.

Ellas no persiguen otro fin que el ayudar a realzar la idea paulina que "buscando la verdad en el amor crezcamos en Aquel que es la Cabeza. Cristo Jesús". (Eph. IV, 15).

América Latina se acerca rápidamente a un punto crucial de su existencia. Habrá momentos inciertos en su futuro próximo. Podríamos en esos instantes ser asaltados de múltiples tentaciones; el inmediatez que no ve sino el instante presente, el negativismo que sólo combate errores olvidando que su mejor antídoto es la proclamación íntegra de la verdad, el pragmatismo que olvida la acción en hondura, el naturalismo que descuida los medios divinos, o un falso sobrenaturalismo que prescinde de los problemas de la vida.

Para entonces, es menester que ni la incertidumbre de la hora, ni la angustia de los acontecimientos, ni la presión de los intereses humanos nos desvíe un instante de nuestra tarea esencial: edificar el Cuerpo de Cristo, construir el mañana sobre las líneas fundamentales de la realidad humana y del realismo exigente del plan de Dios.

(1) Santiago = Ed. Claret, 44 págs.

La dinámica del progreso humano tiene que converger con la dinámica del movimiento salvador de Cristo.

La vida profunda de la Iglesia se mide en esta doble fidelidad.

La Pastoral que es su expresión, se mide igualmente ahí.

En ella se encierra el secreto de nuestra fecundidad apostólica.

Para ayudar modestamente a mis hermanos en el sacerdocio van estas líneas.

Recíbanlas como expresión de afecto y pidan al Señor por el que, pensando en ellos, las escribió.

I.—Planteamiento del Problema. Diagnósis de la acción presente. Principios fundamentales de una acción pastoral. La pastoral parroquial.

1) El tema que deseo plantear, puede expresarse en los siguientes términos:

—La Iglesia en América Latina se enfrenta a una crisis de crecimiento;

—La recta y eficaz solución de ella exige un plan básico de acción pastoral.

—(Usamos la palabra “crisis” en su sentido etimológico y clásico; “el momento de decisión, opción ante diversas tensiones”).

2) El crecimiento a que la Iglesia se enfrenta tiene diferentes dimensiones:

a) *De extensión*

La explosión demográfica de América Latina es uno de los fenómenos más salientes de la época actual. América Latina duplica su población cada 32 años.

b) *De estructuras*

Nuevas clases sociales, y con ellas, nuevas estructuras sociales se forman rápidamente. Grandes masas rurales emigran a medios urbanos. El individuo debe adaptarse a nuevos oficios. Se forman nuevas clases sociales (proletariado industrial y clase media). En las clases antiguas empiezan a actuar elementos jóvenes y dinámicos.

c) *De unidad*

Hay una búsqueda febril de unidad cultural, económica y política. Diversas ideologías, especialmente la marxista, ofrecen fórmulas atrayentes y seductoras. La Iglesia, por diversas causas que se señalarán después, no está suficientemente presente en esta evolución.

d) *De profundidad*

Frente a ideologías que se presentan con singular vehemencia (sectas protestantes, espiritismo, marxismo), se ofrece con frecuencia, una vida re-

ligiosa de tipo formalista y rutinaria que no logra una traducción eficaz en la vida, y en consecuencia ofrece, frente al proceso evolutivo de América Latina, un testimonio débil.

3) Estas crisis de crecimiento pueden formularse en la siguiente pregunta: ¿marchará la Iglesia de América Latina al ritmo de su múltiple desarrollo y logrará dar así la respuesta cristiana total a los diversos problemas que ese mismo crecimiento le suscita?

La respuesta, a la luz de la fe y de la esperanza cristiana, debe ser afirmativa, pero doblemente condicionada: *Sí*, siempre que esa dinámica temporal sea enfrentada con la dinámica divina que se llama la *posición misionera* y siempre que esa posición misionera sea hecha con *lucidez apostólica*, es decir, con una visión clara nacida de la *realidad de la fe y de la realidad de la vida*.

4) Esa realidad exige:

a) Un *estudio* del pasado, porque es a la luz de la historia como se explican los problemas presentes;

b) Un *diagnóstico* de la acción presente, para ver si las diversas actividades responden o no, y en qué medida, a la crisis del crecimiento de América Latina, y

c) Una *Planificación* que, *coordinando* las múltiples actividades y estableciendo el *coeficiente* de su importancia apostólica, de al apostolado de hoy la eficacia necesaria y oriente en un sentido cristiano el crecimiento de América Latina.

El estudio histórico exige visión clara de causas y efectos; la diagnosis, lucidez psicológica y sobrenatural; la planificación, un sentido agudo del doble dinamismo del mundo y de la Redención, para que, "*veritatem facientes in charitate crescamos in illo per omnia qui est Caput, Christus*" (Eph. IV-15). ("Haciendo la verdad en la caridad, crezcamos en Aquel que es la Cabeza, Cristo").

II.— *Antecedentes históricos*

1) Veamos, en *rápida y concisa* mirada, los antecedentes históricos que explican y condicionan varios de los actuales problemas pastorales de América Latina. Trataremos tan sólo los de índole general y nos limitaremos únicamente a enunciarlos.

a) *Evangelización*

Al hablar de la primera evangelización (siglo XVI y XVII) tenemos que reconocer en ella un impulso misionero extraordinario. En los mismos momentos en que la Cristiandad se rompía y la Iglesia perdía en Europa un tercio de sus fieles, un ímpetu de evangelización sacudía a la Iglesia ante los nuevos descubrimientos geográficos, y lanzaba a sacerdotes, religiosos y soldados en una empresa misionera que puede anotarse entre las más grandes de la historia del Cristianismo.

Esa evangelización tuvo, a mi juicio, tres características, que como todas las cosas humanas, constituyeron al mismo tiempo sus cualidades y defectos: fue *rápida* en su desarrollo; fue *profunda* en su contenido y fue *civilizadora* en su expresión temporal.

Probablemente —y aquí estuvo su debilidad— la rapidez la hizo ser excesivamente masiva, careciendo de un catecumenado que le hubiera dado mayor solidez. No aprovechó suficientemente los valores de orden humano que existían en las culturas aborígenes, y trasplantó a un continente nuevos problemas que eran de tipo peninsular más que católico. Con el poeta habría que decir: “Culpas fueron del tiempo y no de España”. Pero, a pesar de estas sombras, es indudable que la primera evangelización de América Latina, hay que contarla entre las grandes gestas de la Iglesia misionera.

b) *Colonia*

El siglo XVII contempla un cambio de graves consecuencias: se disminuye fuertemente el ímpetu, el cristianismo toma el carácter de “Iglesia establecida”. La excesiva unión con el trono español y portugués, resta independencia a la labor apostólica. La Iglesia se identifica con el régimen colonial. De otra parte, la labor civilizadora de los primeros tiempo deja en poder de la Iglesia grande, propiedades, cuya administración pasa a constituir un peso para la auténtica labor apostólica.

En ese período se produce la expulsión de los jesuitas, lo que constituye un gran retroceso en la labor misionera y cultural, en la cual la Compañía de Jesús desarrolló una ingente labor.

c) *Independencia*

Consecuencia primera de la forma en que se desarrolló la independencia, fue que la mayor parte de las sedes quedaron vacantes y la Iglesia en América Latina prácticamente acéfala por casi 25 años. La Misión Muzzi, ante el Gobierno chileno, en 1824 (14 años después de la Independencia) fue el primer contacto entre Roma y las nuevas Repúblicas, pero la Jerarquía no fue restablecida hasta 1832.

La otra consecuencia de esa posición de la Iglesia, ante la Independencia, es la secularización de las Universidades, la unión de los Seminarios con los Colegios seculares, el abandono de muchas obras, colegios-parroquias, por haber retornado parte del clero español a España, y una fuerte decadencia en la formación y disciplina del clero. Cuando años más tarde el sacerdote chileno Mons. Ignacio Victor Eyzaguirre se presenta a S. S. Pío IX, para proponerle la fundación del Colegio Pío Latino Americano, le trazará en un memorial privado el cuadro de la situación religiosa del Continente.

d) *Siglo XIX*

Esa situación de debilidad interna sorprende a la Iglesia con el arriar del espíritu liberal, en la primera mitad del siglo XIX. La Iglesia, en todas las nuevas repúblicas, en diversas formas, tuvo que enfrentarse a serias dificultades, ya sobre la existencia de la vida religiosa, ya sobre los bienes temporales o sobre las mismas estructuras pastorales, y, de un modo especial, sobre el problema de la enseñanza cristiana.

Muchos de esos Estados, a pesar de su labor laicista, masónica, y abiertamente hostil a la Iglesia, conservaron su unión con Ella y siguieron atribuyéndose el famoso "derecho" del real *patronato*, el que ha sido causa de numerosos y amargos conflictos entre el poder civil y el eclesiástico.

La Iglesia en América Latina en el siglo XIV, se vio en muchas partes despojada de sus bienes, limitada en su acción apostólica y hostilizada en su función educadora, precisamente cuando salía de la crisis interna a que la Independencia la había llevado. De otra parte, la inestabilidad política de la gran mayoría de las nuevas repúblicas (revoluciones, golpes, pronunciamientos, etc.), ponen una nota de inseguridad e inestabilidad a la acción apostólica.

e) *Momento actual*

La Iglesia en América Latina ha conocido, en los últimos 30 años, un desarrollo interno de excepcional importancia. Ha visto mejorar grandemente sus problemas básicos: seminarios, colegios, estructuras pastorales. Ha contemplado en numerosas naciones el surgir de una auténtica Acción Católica y, con ella, la existencia del laicado apostólico calificado. Ha recibido el aporte de Congregaciones Religiosas de Europa y Norte América.

La labor desarrollada en sus primeros 100 años independientes frente a toda clase de dificultades, comienza a dar sus frutos.

Pero, en ese mismo período, dos hechos más graves que las crisis políticas precedentes surgen ante ella; el hecho *cuantitativo* de la explosión demográfica, y el cambio *cualitativo* de la urgente y aguda evolución social. Es decir, la Iglesia tiene en América Latina que enfrentarse a un crecimiento numérico al cual no está preparada ni en su personal apostólico ni en sus cuadros apostólicos, y a cambios estructurales profundos en el orden social que traen, aunque sea en términos pacíficos, una revolución de insospechables proyecciones.

No es el caso, porque nos apartaríamos del tema y el fin de este trabajo, señalar los problemas a que esta explosión demográfica y cambios sociales conducen, pero, sí conviene anotar las gravísimas repercusiones que tienen en el orden de la familia, de la educación, de la vida moral y de la práctica religiosa.

Añádase a esto, problemas de orden mundial como el comunismo, a cuya propaganda no sólo América Latina no está extraña, sino que constituye uno de sus principales objetivos; la ofensiva de las sectas, que declaran que "desde los tiempos de la Reforma no se presenta al Protestantismo una oportunidad semejante a la que ahora ofrece América Latina"; la acción laicizante que desde hace más de un siglo lleva la masonería y que ahora ha reduplicado su actividad. Podemos decir que el Catolicismo en América Latina enfrenta en esta hora el "*desafío de la historia*".

Un plan pastoral que fundamentalmente nazca de la realidad de la vida y de la realidad de la fe, y que afirme su posición misionera, será la respuesta a este desafío.

2) De este rápido y suscito esbozo histórico, no queremos sacar conclusiones. El sirve de telón de fondo para comprender la raíz de los problemas presentes, y de lección para planificar los futuros. A través de esos hechos históricos, podremos comprender las causas de muchos problemas que hoy palpamos. La historia no se rehace, pero enseña. Sus luces y sombras, sirven de guía en las experiencias actuales. Ella nos arroja una lección

entre muchas: la evangelización primera obedeció a un plan de visión larga y de realización concreta. Los Concilios limeños y los Sínodos Diocesanos tuvieron un eminente sentido pastoral. La eficacia de la evangelización primera reposa en un espíritu misionero encauzado en un plan pastoral.

La Colonia disminuye el ímpetu misionero y rompe algunas de las grandes directivas pastorales. La Independencia y el siglo que le sigue, dejan a América Latina sin la visión misionera primitiva, convencida que "somos un Continente Católico", y que nuestra misión pastoral es custodiar ese depósito. La creación de numerosas repúblicas, la separación política, económica y religiosa entre ellas, la falta de conexión entre las Iglesias de esas naciones, deja a América Latina sin un plan pastoral de conjunto.

El CELAM significa la toma de conciencia de un esfuerzo apostólico común de la Jerarquía Latinoamericana.

El plan pastoral de base que hoy se comienza a elaborar, será el cauce por donde las fuerzas apostólicas de América Latina puedan enfrentar y resolver cristianamente la *Crisis de Crecimiento* porque hoy atraviesa el Continente.

III.— *Diagnosis de la acción presente*

Carecería de una visión verdadera el que afirmara que en América Latina no existe en estos momentos una intensa y vasta actividad apostólica.

Un clero reducido, pero eficiente, extendido en una superficie inmensa, con dificultades graves en sus medios de comunicación, trata de atender las necesidades urgentes de América Latina. Sólo Dios es testigo del sacrificio rayano en el heroísmo con que muchos de nuestros sacerdotes cumplen su ministerio en medio de la pobreza de recursos y de dificultades de todo orden.

No se pretende aquí enumerar las actividades de la Iglesia en América Latina, ni menos hacer un juicio sobre ellas, sino únicamente, una *diagnosis* de su eficacia frente a los problemas presentes y a la crisis de crecimiento que nuestra América enfrenta.

Si se da una mirada general "grosso modo" a la actividad apostólica en América Latina, vemos:

1) La existencia de todas las instituciones fundamentales para el desarrollo y crecimiento de la Iglesia, parroquia, acción católica, catequesis, escuelas católicas, universidades, asistencia social, obras económico-sociales, instituciones que miran a la opinión pública, obras destinadas a fines específicos, etc. Podríamos añadir que en el conjunto de América Latina existen prácticamente todas las obras que florecen en Europa, E.E. UU., Canadá, etc.

2) La mayor parte de estas obras han tenido un fuerte desarrollo en los últimos 30 años.

Bastaría citar la multiplicación de las Diócesis, parroquias, escuelas católicas, acción católica, obras apostólicas, etc., para constatar que esas obras no solamente existen, sino que la mayor parte de ellas poseen una vitalidad bastante rica.

3) En estas obras o instituciones encontramos una variedad de valores apostólicos dignos de todo encomio, v. gr.: movimientos litúrgicos con hondo sentido de la oración pública de la Iglesia; Seminarios sólidamente organizados; facultades teológicas que cada día tienden a perfec-

cionarse; movimientos catequísticos que tratan de renovarse a la luz de los últimos métodos y programas; laicos de gran valor apostólico; movimientos de Acción Católica bien estructurados; acción misionera en pequeñas comunidades de barrio; organizaciones de asistencia social eficaces; buenos colegios y apreciables experiencias de Federaciones de Instituciones educativas, etc.

No se trata de hacer comparaciones que siempre resultan o injustas u odiosas, pero sí podemos afirmar que en América Latina existen valores apostólicos en instituciones y hombres, que no son inferiores a los que florecen en cristiandades más antiguas y organizadas. Y, sin embargo... vemos que esas instituciones y obras, teniendo elementos aptos, ofrecen una serie de aspectos negativos que restan fuertemente eficacia a su acción.

Hay valiosos elementos apostólicos en la parroquia... pero dispersos y rara vez reunidos, de donde una vida parroquial, en la mayoría de los casos, lánguida.

Hay en la parroquia elementos ansiosos de vivir la comunidad de la oración en la vida litúrgica; de conocer y difundir el mensaje cristiano; de realizar la comunidad fraterna en la caridad; pero, falta una pastoral litúrgica que se sobreponga a devociones desorbitadas, falta una pastoral de la caridad que dé respuesta a los verdaderos problemas sociales, una pastoral de la Palabra de Dios, que haga gustar y vivir la riqueza del mensaje evangélico.

Hay movimientos de Acción Católica con verdadero sentido misionero de su ambiente, grupos de laicos que realizan un apostolado admirable en sitios donde no llega la acción del sacerdote, un movimiento latinoamericano de Acción Católica que, a través de 5 memorables Semanas, ha ido estructurando un pensamiento y una posición del seglar en la Iglesia y en el mundo.

Pero, frente a esto, vemos: exceso de organizaciones apostólicas importadas del extranjero y sin la debida adaptación; movimientos apostólicos no integrados en la parroquia o, por el contrario, demasiado restringidos a tareas parroquiales; falta de cuidado para la formación del espíritu apostólico del seglar en la familia, la escuela y la parroquia; mala o poca vinculación entre obras de apostolado, oponiéndose a veces unas a otras, y arrebatándose mutuamente los elementos apostólicos; falta, sobre todo, de una visión clara respecto al papel específico de los laicos en la Iglesia y en la comunidad temporal, e igualmente falta de un espíritu de Acción Católica que dé al seglar un sentido agudo e imperioso de sus responsabilidades frente al mundo de hoy y frente a la misión de la Iglesia en él.

Hay numerosos colegios que responden a las exigencias pedagógicas actuales y gozan de una merecida reputación.

Existe en los últimos 30 años un notable aumento de la educación católica.

Pero, frente a esto vemos que esos mismos colegios no se integran en una pastoral de conjunto; no dan el sentido social que las condiciones de América Latina y del mundo exigen. Por atribuir excesiva importancia a obras internas no forman para el apostolado de la Acción Católica. Falta una relación más estrecha entre las Congregaciones educadoras, con frecuencia replegadas sobre sí mismas, con la parroquia y la diócesis. Parte no pequeña de los colegios secundarios están de hecho cerrados, por su costo, a la clase media, donde se encierra principalmente el porvenir religioso de América Latina, etc.

Existen interesantes y florecientes obras de asistencia y de acción social, a veces con organizaciones excepcionalmente eficaces, con apóstoles numerosos y abnegados, y que encuentran personas de gran generosidad para sostenerlas.

Pero, frente a ellas, encontramos que esas mismas obras carecen de medios adecuados, no están suficientemente al día en numerosos problemas técnicos relacionados con la asistencia social, falta una pastoral de la caridad que ponga especialmente su acento en solucionar las causas, hay carencia de coordinación en fines concretos, etc.

En el campo de la propaganda, existe un número apreciable de periódicos y revistas católicas, numerosas estaciones radiales y programas católicos en radio y televisión, un esfuerzo ingente, que quiere establecer una presencia católica en los grandes medios de información.

Pero, al mismo tiempo, se encuentra una multiplicación innecesaria de revistas sin objetivos precisos, especialmente de índole piadosa. Se gasta una enorme suma de dinero en estas publicaciones, mientras no se logra una cantidad aún inferior con la cual podría influirse poderosamente en la opinión pública. (Un estudio hecho por la Oficina de Sociología Religiosa del Secretariado Episcopal de Chile, estima que en este país se gastan alrededor de 500 mil dólares anuales en esas publicaciones intrascendentes).

Falta de preparación técnica en la prensa, radio, televisión, y una coordinación planificada de sus programas, etc.

IV.— *A través de lo señalado podemos llegar a un diagnóstico*

1) *Un gran esfuerzo apostólico*, expresado en obras, hombres, dinero, se desarrolla actualmente en América Latina.

Esas obras y ese esfuerzo son el mejor testimonio de la *vitalidad* de la Iglesia en estas tierras, y del celo de sus pastores, de la colaboración eficiente de las congregaciones religiosas y del espíritu apostólico de muchos de sus laicos.

Se cometería una grave injusticia si se dijera que la Iglesia en América Latina carece de vitalidad apostólica.

2) *Los resultados obtenidos no son proporcionados a los esfuerzos realizados*

Hemos señalado las obras positivas, pero hemos también mostrado lo que las esteriliza y disminuye.

Hemos afirmado con énfasis la vitalidad de la Iglesia en América Latina; pero al mismo tiempo, no podemos desconocer que un hondo proceso de materialización se está desarrollando paralelamente a nuestros esfuerzos; que si hay un progreso notorio de la Iglesia, lo hay también de las fuerzas adversas: protestantismo, marxismo, espiritismo, etc.

Hay numerosas obras que florecen en estas tierras, pero los problemas fundamentales no han sido aún resueltos.

En una palabra, algo falla en nuestra labor, y es eso lo que debemos investigar. ¿Qué es eso?

La respuesta explica el porqué de este trabajo.

a) *Falta coordinación*

La palabra del Pío XII a los predicadores cuaresmales de Roma, resume por nosotros:

“Cuando de una parte se advierte el fervor de tantas empresas, en las que ninguno se detiene, ninguno retrasa el paso, ninguno se echa atrás, y de otras se tiene que reconocer que los efectos no son los que tanto empleo de energía y tanta abnegación harían prever, nace la duda de si es que acaso se combate demasiado aislados, demasiado desligados y desunidos” (2).

b) *Esa falta de coordinación tiene una razón más honda*

Falta un plan de *acción y de colaboración*.

Si las actividades múltiples que hoy se desarrollan en América Latina y la generosa ayuda que nuestros hermanos de EE. UU. y Canadá y varios países europeos, especialmente España, tratan de darnos, no encuentran un plan básico que las oriente y determine, esa actividad y esas ayudas serán a modo de una inyección que estimula, pero no irán a la solución de los problemas básicos que enfrentamos.

Su Santidad Juan XXIII hablando al CELAM (noviembre de 1958), traza con mano maestra, en breves palabras, cómo ha de ser ese plan:

“Un plan de acción que corresponda a la *realidad, perspicaz* en los propósitos, *racional* en la selección de los medios que han de emplearse”.

En otras palabras.

realismo — eficiencia — método

Si el antiguo adagio latino nos dice que “*fas est ab hoste doceri*”, podemos mirar lo que en el terreno económico, político y social se está haciendo en muchas naciones tras la cortina de hierro y de bambú.

Se dirá, con razón que los objetivos y medios son diversos, pero nadie puede negar la eficiencia creadora y transformadora de un plan racional y metódico.

c) Pero si la falta de coordinación se explica por falta de un plan de acción, se explica por éste, a su vez —y esta es la razón profunda— que los planes no siempre parten de la doble realidad de la fe y de la vida.

Se necesita una objetividad teológica para comprender y vivir el misterio de la Iglesia y las tareas que el desarrollo de ese misterio en la historia impone a sus miembros. No pocas veces nuestra acción se resiente o de un inmediatismo que no ve los fines superiores a donde se dirige, o de un negativismo que sólo combate errores en vez de afirmar la verdad, o de un falso supernaturalismo ajeno a los problemas de la vida, o —lo que es más corriente— de un pragmatismo inconsciente que busca el éxito inmediato y olvida la acción en profundidad.

Se necesita igualmente una objetividad psicológica y sociológica. Dar-nos cuenta de que nuestro mensaje eterno hay que darlo en el tiempo; que si bien es divino, hay que entregarlo a los hombres; que si el bien es personal, tiene también una proyección social y orgánica que lo condiciona.

(2) Pío XII, 10 - III - 1955.

La pastoral es una teología en acción. Es el plan de Dios comunicado y vivido por los hombres. Una etapa en el crecimiento del Reino de Dios.

Para que la pastoral responda al misterio de la Encarnación y de la Redención es necesario que se base en la verdad de la vida y en la verdad de la fe.

¿No estará en este irrealismo sociológico y teológico la causa profunda de que muchos “planes” fracasen o no den el resultado esperado?

“Los caminos de Dios no son los caminos del hombre”, dice el Señor por Isaías. Hay un plan de Dios que la teología descubre y la pastoral realiza.

“Los conduciré con cuerdas de Adán”, dice el Señor por Oseas (3). Las circunstancias temporales e históricas, la base humana donde el misterio divino se cumple, es el punto de inserción entre el plan salvador de Dios y la condición del hombre.

Hay igualmente un orden humano que la sociología descubre y donde el plan de Dios se realiza.

Así, la pastoral expresa conjuntamente la verdad de la vida y la verdad de la fe.

¿Cuáles son esos principios? Es lo que suscintamente señalaremos.

V.— Principios fundamentales de una Acción Pastoral

Ideas generales:

1) La pastoral es el arte de edificar el Cuerpo Místico de Cristo.

—Esta edificación se hace:

- a) *Misteriosamente*, por la caridad en el secreto de Dios, y
- b) *Visiblemente*, en las comunidades humanas.

2) *La Iglesia es al mismo tiempo*

- a) Una *sociedad* religiosa universal (católica), a la cual todos los hombres son invitados, y
- b) Un *fermento*, que transforma la sociedad temporal.

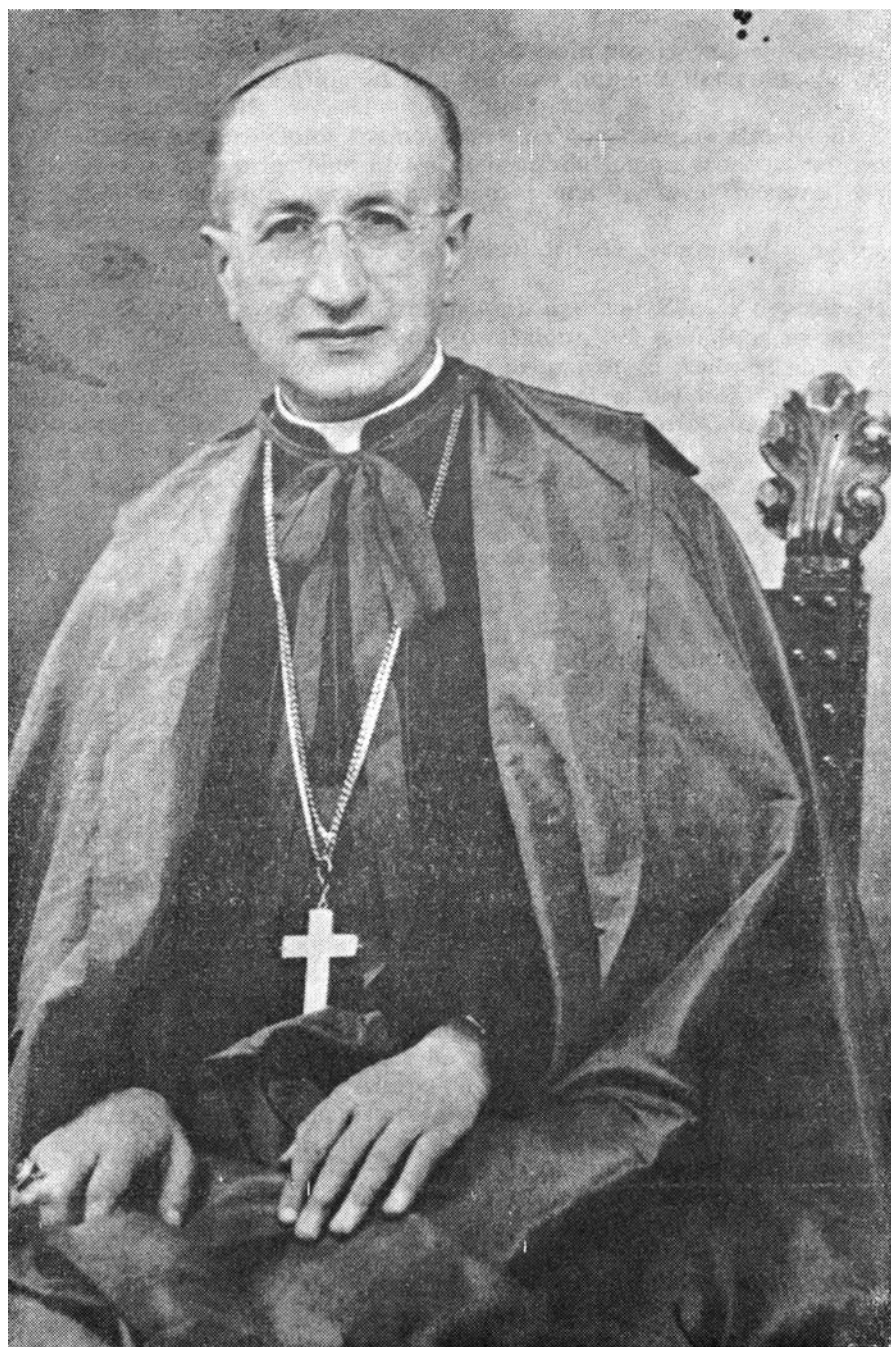
3) *La Iglesia actúa en el doble plan*

- a) De la *creación*, para llevarlo a su complemento y ordenarlo al fin que el Creador le trazó (consecratio mundi), y
- b) De la *redención*, para hacer participar a todos los hombres de la economía de la salvación (evangelización).

“La Pastoral debe redescubrir ella misma su verdadera naturaleza y sus leyes estructurales. Su misión es abrir al hombre a la *Plena realidad Cristiana*, de injertarlo en la plenitud de la vida que es Jesucristo, e integrar su existencia en la *totalidad del misterio cristiano*. Es por ello como el gran “sacramento” de la Iglesia —la economía de la salvación— trata de realizarse para cada hombre y para cada momento de la historia” (4).

(3) Os. 11, 4.

(4) Oster, *Le grand dessein de Dieu*.



Eran los primeros años de Obispo

4) En consecuencia, la pastoral no se improvisa, ni se inventa. Es la expresión del plan de Dios en una realidad humana determinada en el espacio y en la historia.

Tiene sus principios inamovibles que no podemos alterar. El afirmar y esclarecer esos principios no es ni especulación ni teoría, sino auténtico realismo. De aquí que nuestra base no es una "técnica" pastoral, sino una "teología pastoral".

5) La Iglesia cumple su doble finalidad de comunidad y de levadura, mediante la *fidelidad*:

a) Al plan de *salvación* (redención), del cual Ella es depositaria;

b) Al plan del *orden natural* (creación), del cual Dios es autor.

De ahí que el criterio que ha de primar en la pastoral no es el de la eficacia inmediata, ni el de la organización, ni el del influjo político, ni el de un éxito igual o superior al de nuestros adversarios, sino el de la *fidelidad* al doble plan de Dios.

El Emmo. Cardenal Mercier decía que:

"Las dos ciencias más útiles al sacerdote son la teología y la sociología; la ciencia de Dios y la ciencia de los hombres".

c) *Fidelidad al plan de salvación*

El plan de salvación se expresa, en palabras paulinas, como "la edificación del Cuerpo de Cristo". Es el crecimiento de la Iglesia-Comunidad. El avance en la historia del "pueblo de Dios". La extensión de la redención de Cristo a las comunidades humanas y a los individuos.

Ese crecimiento como todo proceso vital, tiene sus leyes. Es Dios quien las ha trazado. Lo que San Pablo llama "el misterio escondido desde todos los siglos en Dios" (5). Es Dios quien lo da a conocer. La Revelación es el desarrollo de un plan amoroso de Dios sobre el hombre, de una historia divino-humana en cuyo centro está la Cruz.

De esta historia se desprenden claramente las *leyes* que presiden la edificación de la Iglesia-pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo. Ellas constituyen la base inmovible de una verdadera *teología pastoral*, y la condición indispensable del verdadero éxito apostólico.

"Lo que se pide a los administradores es que sean fieles" (6). Cuando olvidamos ese principio, caemos en las grandes infidelidades apostólicas.

d) La edificación del Cuerpo de Cristo se hace mediante la instauración de los tres poderes de magisterio, sacerdocio y régimen, es decir, mediante la doble jerarquía de orden y de jurisdicción (7).

De este modo, el Cuerpo Místico de Cristo —comunidad y sociedad jerárquica—, crece mediante la palabra de Dios y los sacramentos. Esto da lugar a una doble actividad en la Comunidad Cristiana; la evangelizadora y la sacramental.

Es necesario señalar en sus líneas generales estas dos actividades, su mutua relación y las leyes que las presiden.

Si olvidamos estas líneas fundamentales, vamos a caer en el *gravísimo* peligro de las "recetas pastorales", a base de eficacia inmediata o del éxito aparente; a costa del olvido del plan de Dios y de las leyes insustituibles que presiden el crecimiento sólido y profundo del Cuerpo de Cristo.

(5) Col. 1, 26.

(6) I Co. 4, 22.

(7) Pío XII, 31-IV-1954.

e) *Acción evangelizadora*

Cronológicamente es la primera. Ella se desarrolla allí donde aún no existe la verdadera comunidad cristiana, y constituye —en sentido estricto—, la tarea auténticamente misionera de la Iglesia.

Es también la primera en el orden de la importancia pastoral. La misión que Cristo da a sus Apóstoles se ordena primeramente a la predicación del Evangelio (8). San Pablo afirma que la fe viene por la predicación que se ha oído y que la predicación se hace por la palabra de Dios (9). Los Apóstoles, al instituir a los diáconos, declaran anteponer a cualquier otra actividad pastoral el ministerio de la palabra (10).

Expresión de este pensamiento tradicional de la Iglesia son las palabras que el actual Cardenal Montini escribía en 1954, a nombre de Su Santidad Pío XII, al Excmo. Obispo de Montpellier:

“Hay que arraigar en el corazón de los sacerdotes la convicción de que hoy, como en los primeros tiempos de la Iglesia, *no hay tarea más esencial que el anunciar al mundo la palabra de Dios, ni labor más apostólica que el realizar, bajo todas sus formas, la misión de predicador del Evangelio*” (11).

La acción evangelizadora envuelve las siguientes etapas:

- i) El *anuncio* del Reino de Dios, la revelación de sus misterios; la transmisión de la “buena nueva”; que Dios ha visitado a su pueblo y le ha traído la salvación, una nueva vida;
- ii) La *extensión* de este mensaje a todas las criaturas, especialmente a los que lo desconocen u olvidan. La evangelización lleva en sí misma un dinamismo de expansión que no descansa;
- iii) La *transmisión* de ese mensaje está orientado a hacer el *cambio del corazón del hombre* (metanoia). De ahí que en lenguaje apostólico se lo designe como:
 - “palabra de salvación” (12).
 - “palabra de gracia” (13).
 - “palabra de reconciliación” (14).
 - “palabra de vida” (15).
- iiii) El que ha ingresado por la evangelización a la comunidad cristiana, ha de buscar en los *sacramentos* la manera de participar de la vida de Cristo.

La evangelización exige en su desarrollo varios tiempos diversos:

(8) *Mc.* 16, 15.

(9) *Rm.* 10, 17.

(10) *Hch.* 6, 4.

(11) *Dos. Cath.* t. II, Col. 656.

(12) *Hch.* 13, 26.

(13) *Hch.* 14, 3-20.

(14) *2 Co.* 5, 19.

(15) *Flp.* 2, 16.

a) *La pre-evangelización*

Búsqueda a veces inconsciente del Dios desconocido. Es importante saber distinguir y hallar valores humanos y aún cristianos que se encuentran en ambientes aparentemente paganos. "La trascendencia absoluta del Cristianismo —dice el P. Hofinger, S. P.—, no exige que todo sea absurdo y superstición en el paganismo". Tetuliano nos habla del "anima naturaliter christiana" (16).

b) *La evangelización propiamente dicha*

Es decir, la *proclamación* del designio de salvación y el llamado *personal* a colaborar con la Iglesia en la salvación del mundo.

Esta primera evangelización no debe ser tanto *cuantitativa* como *cualitativa*. Es decir, lo *esencial* de la religión. Debe ser presentado tanto como un cuerpo de doctrina elaborado por los Padres y teólogos. (Cf. *Humani generis*), como un conjunto de hechos y personas centrado en la persona de Cristo, por medio de los cuales se va realizando el plan salvador de Dios.

c) *La pedagogía caritativa*

Da al catecúmeno el sentido vital y dinámico del Cristianismo.

La comunidad de evangelización, debe estar continuamente reforzándose y renovándose. De lo contrario se produce la anemia y la esclerosis en la comunidad sacramental.

Si basado en el principio innegable de que los sacramentos producen su efecto "ex opere operato", descuidamos la preparación de fe que su fructuosa recepción requiere, iremos cayendo en algo que, por desgracia, es un hecho entre nosotros; hacer de los sacramentos una finalidad y no un medio de aumentar la fe y la unión con Dios. Con frecuencia nos preocupamos sólo de hacer "practicantes", descuidando el hacer previamente "creyentes".

La Vigilia Pascual, puesta actualmente en relieve en forma magnífica, nos muestra la preparación doctrinal, es decir, la evangelización como presupuesto indispensable a la regeneración bautismal. San Agustín, en su "De Cathechizandis rudibus", nos señala en forma clara y precisa la relación entre la fe y los sacramentos.

El Emmo. Cardenal Bea, S. J., en el Congreso de Pastoral Litúrgica de Asís, dice que:

"Un sacerdote que supiera celebrar bien el Santo Sacrificio —"la fractio panis"—, pero no supiera romper a los fieles el pan de la palabra de Dios, no sería sino sacerdote a medias" (17).

6) *Vida sacramental*

La iluminación evangélica por la palabra, ha de llevar a la vida cristiana por los sacramentos.

(16) *Tr.*: "El alma naturalmente cristiana"

(17) *La Maison-Dieu*, N° 47-48, p. 145.

A través de los siglos, la economía de los sacramentos va formando progresivamente el Cuerpo de Cristo.

El individualismo religioso de la piedad moderna, ha descuidado el sentido social de los sacramentos.

La pastoral de la comunidad cristiana ha de poner en relieve este aspecto comunitario de los sacramentos.

La verdadera comunidad, trae la solidaridad de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

La Diócesis y la parroquia, son las comunidades fundamentales que el cristiano debe vivir. Es en ellas donde se realiza en forma concreta el espíritu comunitario que está en la base del misterio de la Iglesia

La Iglesia está presente en el mundo como comunidad y como fermento. La comunidad cristiana debe crecer a la medida del mundo, como signo levantado entre las naciones, como portadora de la redención y como levadura en la comunidad humana.

Ese crecimiento corresponde a las tres funciones esenciales que Cristo ha otorgado a la Jerarquía: sacerdocio, ministerio y régimen, y a las cuales participa la comunidad de los fieles por la acción litúrgica, la difusión de la verdad y el fraterno auxilio a todos sus miembros.

De ahí que la pastoral, siendo una en el fin que persigue, pueda dividirse en pastoral litúrgica, de difusión de la verdad y de fraterna asistencia social.

Ellas son la expresión de la comunidad que ora, que anuncia el mensaje y que da el testimonio del amor.

La misión de la Iglesia es *formar la comunidad del pueblo de Dios*, para glorificar al Señor, transmitirle la "buena nueva" de su redención, y establecer entre los hombres los lazos de la divina caridad.

El libro de los Hechos nos habla de la triple perseverancia de la primitiva comunidad cristiana: "erant autem perseverantes in doctrina Apostolorum et communicatione fractionis panis, et orationibus" (18). Al tratar de la parroquia estudiaremos en detalle esta triple acción pastoral. Bástenos ahora señalar que es en la *fidelidad* a la función misma de la Iglesia donde la pastoral encuentra su camino y su eficacia. Formar, nutrir y robustecer por el conocimiento del mensaje cristiano la vida de fe, desarrollar y fortificar la vida sacramental, especialmente por la Eucaristía; hacer que los fieles vivan en toda su extensión y profundidad el misterio de la Iglesia, y de este modo lo hagan deseable a los no cristianos, es y será el secreto de nuestra eficacia pastoral.

La Iglesia de hoy enfrenta a un mundo que está sufriendo cambios estructurales profundos. Cumpliremos nuestra misión de dar un rostro cristiano al mundo del mañana en la medida de nuestra *fidelidad al plan de salvación*.

"El problema, dice Franz Arnold, que toca al destino del Cristianismo y de la Iglesia en el porvenir es éste: si la teoría y la praxis de la cura de almas son realmente expresión de una teología orientada en el *sentido total de la Revelación*, o bien, si se dejan guiar de las opiniones teológicas particulares, de las apreciaciones personales y gustos religiosos de las recetas empíricas, de las rutinas de la vida diaria, de las necesidades de la polémica" (19).

(18) Tr.: "Perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones"; *Hch.* 2, 42.

(19) F. Arnold, "Il Ministero della fede".

7) *Estados de vida*

La pastoral está bajo la dependencia directa de la Teología, es un problema temporal mirado y solucionado en orden al designio divino y externo de Dios.

De ahí que a lo que acaba de indicarse respecto a la evangelización y a la vida sacramental, sea menester mencionr la necesidad de una teología precisa de los estados de vida.

La pastoral sacerdotal no abarca toda la pastoral de la Iglesia. El apostolado, contempla dentro de ella varios *estados* que, diversos entre sí, *concurren*, sin embargo en el crecimiento del varón perfecto en la edificación del Cuerpo de Cristo (20).

La coordinación de todas las fuerzas de la Iglesia se realiza en la colaboración estrecha que esos diversos estados: clero, religiosos, laicado, prestan a la acción pastoral de la Jerarquía. De ahí la necesidad de precisar las funciones con que cada uno de estos diferentes estados colaboran en dicha acción pastoral.

Este exige una teología precisa del sacerdocio, de la vida religiosa y del laicado. Muchos conflictos aparentes podrían solucionarse; muchas competencias inútiles desaparecerían; una responsabilidad compartida aumentaría la eficacia apostólica.

Es una tarea en la cual mucho se ha avanzado, pero donde aún queda mucho por precisar. Una espiritualidad del sacerdote centrada en la espiritualidad del Obispo; una visión de la Diócesis dentro de las líneas auténticas de la tradición; una concepción más orgánica y comunitaria, y menos burocrática, de la parroquia; una visión de la vida religiosa en la Iglesia y de su acción en la pastoral, y un desarrollo del concepto de la misión del laico en sus tareas temporales donde realiza la "consecratio mundi", son ideas que alientan con fuerza en la Iglesia de hoy, que son signo en Ella de una acción potente del Espíritu Santo, y que hacen esperar, para un futuro próximo, directivas de la Jerarquía que ayuden a darnos esta teología de los estados de vida que contribuiría poderosamente a realizar la fidelidad al plan de Dios.

8) *Fidelidad a la vida humana*

Hemos hablado hasta ahora de la fidelidad al plan de salvación que Dios revela y realiza en su Iglesia. Debemos añadir una segunda fidelidad tan necesaria como la anterior: *la fidelidad a la vida humana*.

Dios es autor de la creación, como lo es de la redención. Entre el plan creador que la vida humana expresa y el plan salvador que la revelación descubre, no puede haber oposición. Al contrario, hay estrecha y profunda complementación.

Existe el peligro de un falso sobrenaturalismo, que desprecia los medios naturales.

Existe igualmente el peligro de un naturalismo, que busca condicionar la eficacia espiritual a los medios naturales.

Entre ambos excesos, está la *teología de la Encarnación*. Dios se hizo hombre para darnos la salvación a través de su humanidad. Tal como la

(20) *Ef.* 4, 13.

primera generación, podemos decir a lo largo de la historia: “audivimus eos loquentes nostris linguis magnalia Dei” (21).

Así como la fidelidad al plan de salvación es condición de la eficacia pastoral, así igualmente lo es la fidelidad al sentido de la Encarnación.

Fidelidad a la vida humana significa encarnar el Evangelio y la Iglesia en el mundo, en la lengua, en la cultura de nuestro tiempo, como la Iglesia lo hizo ante otras épocas y otras culturas.

Es llevar el misterio cristiano *a todos los sectores* del mundo moderno y a *todas las dimensiones* de la vida humana.

Es buscar la manera de expresar el Evangelio eterno en forma que la mentalidad actual pueda comprenderlo, y no bajo formas o figuras fene- cidas que, más que expresarlo, lo esconden.

Muchas veces lo que llamamos crisis de la vida cristiana es más bien una crisis de fidelidad a la vida humana

Esto exige el conocimiento del hombre y del ambiente social en que vive. En otras palabras, el conocimiento de la sicología y de la sociología.

a) *La sicología*

Se necesita para conocer las actividades interiores relacionadas con la edad y los estados de vida; para conocer las tensiones y problemas de una generación y adaptar a ella los métodos de formación; para poder conocer y orientar la vocación personal de cada cristiano, etc.

b) *La sociología*

Para que la Iglesia pueda ser “fermento” en el mundo, necesita conocer ese mundo en el cual debe actuar. Hay que estar en contacto con la vida social concreta. Conocer las influencias ideológicas, las tendencias y problemas que ahí existen. Los problemas culturales que las nuevas técnicas modernas suscitan. Las corrientes, buenas o malas que influyen en la juventud. De un modo especial, hay que conocer dos problemas:

—Las estructuras sociales que condicionan los comportamientos humanos, y

—La adaptación de las estructuras mismas de la Iglesia en forma concreta a esa acción pastoral.

La sociología —en forma especial la sociología religiosa—, nos da el grado de vida religiosa, las tensiones ideológicas, las condiciones materiales de aquellos a quienes debemos evangelizar.

La sicología y la sociología nos hacen ver en su realidad las diversas *dimensiones de la vida humana*.

9) *Dimensiones pastorales*

a) Hay una dimensión *territorial*, que abarca una zona geográfica rural o urbana más o menos definida.

(21) *Tr.*: “Los hemos escuchado hablar en nuestras lenguas, las maravillas de Dios”: *Hch. 2, 11.*

En la ciudad es la "manzana". En el campo es el "caserío", la "vereda", la "hacienda", la "rinconada", el "rancho", etc., según los diversos y variados nombres que estas unidades tienen a lo largo de América Latina.

En Europa, la aldea (el villagio), o vecindario es la unidad tradicional de la parroquia.

No sucede así, por la extensión, en la parroquia de América Latina. Si en cada una de esas unidades antes mencionadas no existe una comunidad *cristiana*, no habrá una respuesta pastoral adecuada.

b) Hay una dimensión *inter-parroquial*, que abarca varias parroquias con inter-relaciones humanas frecuentes, por razón de los medios de transporte, centros económicos, de influencia, mercado de productos, etc. A este plano de acción corresponde el Decanato y la Vicaría-Foránea, que pasan a orientar en conjunto los problemas inter-parroquiales y permiten superar las deficiencias pastorales.

c) Hay una dimensión *ambiental*, la *zona humana*, donde comienza a desenvolverse la complejidad de la vida social; v. gr.: mundo obrero, mundo rural. Es el lugar de lo *supra-parroquial*.

Los movimientos especializados de Acción Católica significan el medio eficaz de asegurar en esos ambientes una presencia activa y apostólica de la Iglesia.

d) Hay una dimensión *general*, que se refiere a las influencias colectivas que orientan a la opinión pública: prensa, radio, etc.

En una palabra, la pastoral contemporánea se enfrenta al hecho de una descristianización *colectiva*. A esa descristianización colectiva debe responder una acción colectiva.

No basta con predicar la doctrina social de la Iglesia; se exigen realizaciones concretas y eficaces de esa doctrina. Para influir sobre la vida social hay que influir sobre la *zona humana*.

Pero en la zona humana no se puede afrontar victoriosamente la descristianización si no hay *coordinación de todas las fuerzas de la Iglesia; la pastoral de conjunto*, que combine las influencias de tipo territorial, las de tipo ambiental y las de tipo general, para hacer una *realidad social* distinta, con una mentalidad propia, con sus "funciones específicas" en la vida económica, en la vida cultural y social de la nación.

10) Problemas

Aquí se presentan varios problemas que conviene plantear:

a) ¿Cuál es el estado *concreto* de la enseñanza de la *teología pastoral* en América Latina: Seminarios, Universidades, etc.?

Existe, a mi juicio, la necesidad urgente de la creación, en las diversas naciones o en grupos de ellas, de *Institutos de Pastoral*.

b) Se necesita, sea en escala nacional, regional o continental, una *Comisión Teológica* que:

- i) Estudie y precise las líneas esenciales de la acción pastoral;
- ii) Las adaptaciones bíblicas, litúrgicas, etc.;
- iii) El examen de los métodos apostólicos y de las instituciones apostólicas.

c) *Un centro de estudios socio-religiosos*, en los planos nacional, regional y latinoamericano, para un conocimiento más profundo de la realidad social y cultural.

VI.— *Visión Pastoral*

Al comenzar este trabajo señalamos un hecho central que debe informar todo plan y acción pastoral: la Iglesia en América Latina se encuentra frente a una crisis de crecimiento que, por su extensión, rapidez y profundidad, está poniendo en juego *todo el porvenir, incluso el religioso*, en América Latina.

Esta crisis, decíamos, se expresa especialmente en el campo *cuantitativo* (crecimiento demográfico), y en el campo cualitativo (cambio de estructuras).

La presencia activa o la ausencia de la Iglesia en estos campos, condiciona su futuro en América Latina.

Se está forjando en estos instantes un porvenir de siglos. Esto exige —hemos dicho—, un plan pastoral fundamental. Pero es necesario añadir, ese plan debe ser *visionario*, que no sólo contemple los problemas sino también (perdónese el galicismo), el “devenir” de América Latina y de la Iglesia en estas tierras.

Esto exige una doble mirada: sociológica y teológica. Solamente así seremos íntegramente fieles al plan de salvación y a la vida humana.

1) *Visión sociológica*

Se requiere una *pastoral intensiva*, que toque los puntos *claves* donde la evolución se produce.

Esta acción se orienta en dos sentidos, que podríamos llamar:

- a) El esquema funcional, y
- b) El esquema comunitario.

El esquema funcional o de estructuración profesional, se expresa principalmente en la empresa, la profesión o el campo laboral, y en los cuerpos intermedios de los grandes elementos de la producción, especialmente la organización profesional y el sindicato.

El esquema comunitario se expresa en el desarrollo de núcleos humanos y en la organización de la comunidad.

Es necesario acentuar la importancia vital de la Acción Católica, “participación activa al apostolado Jerárquico”, que, junto con vitalizar y extender la acción de la parroquia es capaz de penetrar y transformar los distintos ambientes de vida. Aquí aparece la trascendencia de la Acción Católica especializada y la necesidad urgente de activar una Acción Católica obrera (ACO) y una Acción Católica Rural (ACR), con técnicas y métodos apropiados a esos mismos ambientes.

Necesidad de evitar la hiperestructuración de la Acción Católica cerrándola sobre sí misma y creando grupos de católicos al margen de los problemas grandes de la vida.

En cambio, necesidad de impulsar una Acción Católica que, sin desmedro de sus tareas eclesiales lleve al militante a un doble campo de acción:

- i) Presencia en la estructuración profesional. Importancia de dar una visión cristiana de la empresa y formar la conciencia y el criterio del empresario. Importancia de la presencia activa del católico en la profesión organizada. Criterio cristiano sobre el ejercicio de la profesión (problemas deontológicos). Visión cristiana de la profesión en la construcción de un orden social cristiano.

Urgencia de la acción sindical. Necesidad de que los militantes de Acción Católica actúen en el seno de sus sindicatos. Formación de organizaciones para-sindicales inspiradas en los principios sociales del cristianismo, que tengan como fin unir, organizar, orientar y capacitar el elemento de inspiración cristiana dentro del sindicato, para darle a la vida sindical su verdadera finalidad temporal.

- ii) Presencia activa en el desarrollo de la comunidad. La Acción Católica y movimientos apostólicos deben formar al cristiano espiritualmente adulto, capaz de incorporarse totalmente a los ambientes de vida. El móvil de la organización debe ser organizarse para servir mejor, para hacerse más útil en la transformación de las personas y de los ambientes.

Comprender que el rumbo que toma la sociología de hoy es el desarrollo de la comunidad. Los militantes han de ser orientados a esa labor. La existencia en América Latina de situaciones sociológicamente regresivas de grupos humanos no pequeños, hace impostergable que la Iglesia asuma el método de educación de base y lo inserte en su pastoral suburbana, rural y misionera.

Al mismo tiempo se requiere:

Una pastoral extensiva, que haga posible llevar hasta las grandes masas el mensaje evangélico. La "élite" debe estar ordenada a la masa, y a su vez, la masa, conducida por la "élite". Hay que evitar dos excesos que serían fatales: una "élite" que se repliega sobre sí misma, y una masa que esté carente de conductores propios (acción de tipo paternalista). Esto exige el repensar nuestra pastoral en vista de *nuestras necesidades* urgentes y, de *nuestras posibilidades inmediatas*. Más que multiplicar las obras, es necesario concentrarse en objetivos vitales. Evitar la dispersión y propugnar unas pocas, pero bien planificadas acciones fundamentales.

Precaverse del gran peligro para América Latina, de las obras y planes "prefabricados" que no responden ni a la realidad humana de un pueblo ni al momento histórico que vive.

En la pastoral extensiva es menester señalar la importancia de las escuelas radiofónicas, que hacen llegar la cultura a los sectores geográficamente lejanos y son un elemento eficiente en el desarrollo cristiano de la comunidad.

2) *Visión teológica*

Una visión cristiana del mundo es radicalmente diversa de una visión materialista (sea de tipo capitalista o marxista). Esta última pone su poder en el éxito de los planes económicos, científicos, guerreros. La primera, en el valor de los medios evangélicos, que con frecuencia aparecen humanamente ineficaces.

La fórmula cristiana de la felicidad serán siempre las bienaventuranzas, totalmente opuestas al concepto mundano de la felicidad.

De ahí que una aguda y amplia visión sociológica que debe hacernos presente al mundo es necesario proyectarla en una aguda y amplia visión teológica, que debe hacernos presente a Dios y a su plan salvador.

Esto exige dos cosas:

- a) *Valorizar los medios* que el mundo no estima y que la Revelación exalta; y el más importante de ellos: la pobreza.

Al recorrer la Biblia vemos que el progreso de la Revelación de Dios está ligado a una experiencia progresiva de la pobreza; que la pobreza aparece como la huella esencial del Dios vivo; que Jesús aparece como un pobre y como un amigo de ellos; que Jesús será el Mesías humilde, el "servidor de Jahvé", y que la señal decisiva de que El es Aquel que Israel aguarda, es "la evangelización de los pobres". ("Pauperes evangelizantur").

Si esto vale para todo el mundo y para todos los tiempos, cuánto más vale para América Latina, continente subdesarrollado, donde la miseria alcanza límites increíbles y donde también las desigualdades económicas son abismales.

Una pastoral de nuestra presencia en medio de los pobres, no por dar, sino por ser, es de suma urgencia. Los pobres nos repiten las palabras que Kempis pone en boca de Cristo: "No quiero tus dones sino a ti".

b) *Lo segundo*, aunque es tan importante como lo primero, es la *calidad de nuestro testimonio*.

Hay en esto un problema teológico hondo. Con frecuencia creemos que el poner un signo religioso sobre estructuras u obras que contradicen en su esencia o en su funcionamiento el espíritu de Cristo, hace cristiana la obra, cuando es todo lo contrario: el signo solamente puede ponerse como expresión visible de una realidad interior. Hay muchos negocios que llevan nombres e imágenes religiosas, pero donde el metro y la balanza son fraudulentos. Bendecimos fábricas donde no se paga el justo salario y donde se realiza la frase de Pío XI "la materia sale de la fábrica ennoblecida, pero el obrero, degradado". (Q. A.), etc. Las fiestas y bailes de beneficencia, ¿son un testimonio o una adulteración de la caridad?

Es necesario *insistir*, y mucho, en que la fuerza del testimonio cristiano es el vigor de nuestra fe y la autenticidad de nuestra vida.

De ahí que a la pastoral se le presente un campo de extraordinaria importancia en procurar:

- i) La solidez *doctrinaria* de nuestra fe; fundamento teológico y bíblico;
- ii) La expresión *auténtica* de nuestro sentido religioso; vida litúrgica; vigilar sobre la "proliferación" de "devociones" y su expresión meramente sentimental, externa y formalista, cuando no "cuasi supersticiosa";
- iii) La encarnación de nuestro cristianismo en el *respeto* del hombre, del trabajo, de la solidaridad social;
- iiii) *El estilo de vida* auténticamente cristiano, que permita decir como en los siglos primeros "non multa loquimur, sed vivimus";
- iiiii) *El sentido de Iglesia*, especialmente como la Encíclica "Humani Generis" nos recuerda, la fidelidad al magisterio viviente de la Iglesia de hoy, con sus problemas, inquietudes, empresas.

Visión Teológica que siguiendo las palabras de S. Pío X: "revertimini ad fontes" (22), de a nuestra fe la pureza, el vigor y la autenticidad que le aseguran la victoria. "Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra" (23).

(22) *Tr.*: "Volveos a las fuentes".

(23) *Tr.*: "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe": *1 Jn.* 5, 4.

VII.— *La Pastoral Parroquial*

Esta última parte no pretende:

1) Hacer un estudio canónico, teológico o histórico sobre la parroquia. Tal propósito rebasaría el fin de este trabajo;

2) Ni tampoco estudiar las múltiples actividades de la parroquia en el mundo de hoy.

Únicamente pretende:

a) Señalar las *funciones esenciales* de la comunidad parroquial, y

b) Dar las líneas *matrices* de una pastoral parroquial.

Para esto la dividiremos en tres partes:

i) Función de la parroquia,

ii) Función del pastor,

iii) Función de los otros elementos que colaboran en ella.

3) *Función de la Parroquia*

La parroquia, pastoralmente considerada, comprende tres elementos esenciales:

a) Un territorio determinado,

b) Una comunidad cristiana responsable y activa, y

c) Un pastor responsable de ese territorio y conductor de la comunidad.

4) *La Parroquia es la comunidad cristiana de base*

En ella se realiza la comunidad de la fe (evangelización) y la comunidad eucarística (sacramental).

a) *Como comunidad de fe*, la parroquia introduce a los fieles en la Iglesia por la predicación de la palabra de Dios que el párroco debe impartir.

b) *Como comunidad sacramental*, la parroquia se une al sacrificio de la Misa que el sacerdote ofrece en nombre de la Iglesia (24).

5) Por la parroquia, la Iglesia realiza su doble presencia de reunión y de fermento:

a) *Como comunidad de reunión* —asamblea del pueblo de Dios— sostiene a la comunidad de los fieles por la palabra de Dios y por los sacramentos recibidos por medio del sacerdote.

b) *Como fermento*, hace posible la presencia de la Iglesia en medio de las otras comunidades humanas y organiza esa misma presencia en todo el ámbito del territorio.

6) Así concebida, la parroquia evita dos graves peligros que la amenazan y que a menudo son la causa de su ineficacia pastoral:

a) Burocratización: convertirse en la oficina de lo espiritual, el lugar donde se va individualmente a recibir los sacramentos, y

b) La parroquia "ghetto", cerrada a todos los problemas humanos y que se cuida solamente de un grupo de fieles que allí acuden, lo que significa la pérdida del sentido misionero.

(24) Cfr. Enc. *Mediator Dei*.

No es como algunos dicen, que la parroquia haya perdido su actualidad, y haya que pensar en alguna otra cosa que la reemplace. Lo que ha perdido a menudo es su *vitalidad*, por haberse apartado de su genuino concepto. No es el cambio de la parroquia el remedio, sino su *revitalización*.

Sirven siempre como guía las áureas palabras de Pío XII:

“Una parroquia no es solamente un templo, un sacerdote, un territorio, una determinada porción de la grey del Señor, impresa en cifras. Una parroquia es una célula viva de un cuerpo, esto es, del Cuerpo Místico de Cristo; es un ser vivo con su propia respiración, con sus órganos y su actividad, con su desarrollo natural, y aun con sus problemas, necesidades, alegrías, dolores particulares” (25).

7) *Función del Pastor*

Es importante señalar como base esta idea: el pastor ejerce un doble y correlativo influjo: sobre la comunidad y sobre las personas:

a) Sobre las personas por medio de la comunidad, y

b) Sobre la comunidad por medio de las personas.

8) *Acción del pastor sobre la comunidad.*

Nadie pone en duda la acción personal del párroco. Cuanto mayor sea su virtud y celo, tanto mayor será su acción personal.

Pero esto engendra el peligro del “párroco cacique”. *Todo* lo hace él; *nada* se hace sin él. Así la acción es personal, en el doble sentido que la *hace* una persona y se cumple *por esa* persona. Eso impide la formación de la comunidad parroquial.

Sin renunciar a esa acción personal, el párroco debe orientar principalmente su acción a nutrir y desarrollar la *comunidad* parroquial.

Dijimos anteriormente que la Iglesia-comunidad tiene un triple poder de magisterio, sacerdocio y régimen, a lo cual corresponde una triple función en la comunidad parroquial:

Litúrgica — de difusión de la verdad — y de fraterno auxilio.

El párroco debe pues nutrir a esa comunidad con una pastoral litúrgica, una pastoral de adoctrinamiento y una pastoral de mutuo y fraterno auxilio.

VIII.— *Pastoral Litúrgica*

La liturgia es la oración oficial de la Iglesia; la “*vox sponsae*”; la asamblea del pueblo cristiano.

“La Liturgia, según los Padres —decía el Cardenal Schuster— no es solamente el rito legítimo con el cual la Iglesia por Cristo “*Pontificem confessionis nostrae*”, adora perfectamente a Dios en espíritu y en verdad, sino que representa para los pastores de almas la pedagogía sobrenatural y divina con la cual los hijos de Dios son educados para la vida eterna”.

La liturgia forma la conciencia comunitaria y lleva a una acción comunitaria.

La vida litúrgica —al hacer participar de los misterios de Cristo— educa a los fieles a un cristianismo consciente.

(25) Carta de S. S. Pío XII a la Parroquia S. Medín, de Barcelona.

La liturgia forma al verdadero espíritu de la oración, especialmente a la alabanza y a la gratitud.

Para dar a Dios el culto comunitario verdadero, para alimentar sólidamente a las almas, se hace necesaria una renovación litúrgica.

Después de los documentos de S. Pío X, Pío XI y Pío XII, el no trabajar en esa renovación litúrgica significa carecer de un genuino sentido de Iglesia.

Esta renovación es posible siempre que haya una debida pastoral de la misa y de los sacramentos.

1) *Los Directorios Pastorales de la Misa*, aprobados por los respectivos Episcopados argentino y chileno, son una magnífica expresión de pastoral de la Misa.

2) La aprobación del proyecto de Ritual en español presentado por le CELAM el año 1959 a la Sagrada Congregación de Ritos, será un paso importantísimo en esta pastoral litúrgica.

3) Se hace urgente una pastoral precisa de los sacramentos, especialmente de los de la penitencia y matrimonio.

IV.— *Pastoral de difusión de la verdad*

1) *Predicación*

La predicación es la palabra de Dios viviente dirigida al hombre concreto.

Necesitamos restablecer en todo su valor y aplicación, las normas del Concilio de Trento sobre la predicación (26).

—Hay que atender al *contenido* y a la *forma* de la predicación;

—Respecto al *contenido*, debe ser *teologal-cristo-céntrica-esencial*;

—En cuanto a la *forma*, ha de ser *real-actual-evangélica*.

—Hay que dar a los *homilía* el lugar que tiene en la tradición y en la liturgia de la Iglesia. El sacerdote en la homilía es el Maestro que explica y comenta lo que la lectura anterior de los libros sagrados (Epístola y Evangelio) ha entregado a los fieles.

—Es de suma importancia elaborar un plan de predicación.

2) *La Catequesis*

Se inscribe en el corazón de la vida parroquial. Una parroquia sin catequesis es una parroquia muerta. No podrá existir la comunidad eucarística ahí donde no está formada y sostenida por la evangelización.

Pero la catequesis debe responder a las necesidades de la comunidad, y para esto:

—Estar *centrada* en lo *esencial*.

—Estar animada de un *dinamismo* vital, es decir, que haya estrecha relación entre el Evangelio de salvación y la *vida concreta* de los hombres de hoy.

Esto exige el triple fundamento dogmático, bíblico y litúrgico de la catequesis.

(26) Sesión 24, "De Reformatione"

—Ser *adaptada* a la mentalidad, edad, cultura y ambientes de aquellos a quienes se entrega el mensaje.

Esto exige, como antes lo dijimos, la sicología y la sociología.

3) *La Cultura Superior (teológica)*

Es necesario establecer centros de cultura superior religiosa —Teología para los laicos— que evite el desnivel que con frecuencia se produce entre una cultura profana elevada junto a una cultura religiosa deficiente.

X.— *Pastoral de auxilio fraterno*

La pastoral caritativa no es simple distribución de dones. Tenemos que cuidar atentamente el evitar el peligro de hacer un pueblo de mendigos.

La pastoral de la caridad, consiste esencialmente en la creación de la comunidad cristiana en cada comunidad humana.

El signo de esa creación es el amor fraterno (in hoc cognoscent omnes...).

La Iglesia es:

1) *Una comunidad*

Como tal, los laicos forman la comunidad que *avuda* al sacerdote: “participación activa en el apostolado jerárquico” (27).

Ellos son el “pleroma Christi”.

Esto exige un *plan de evangelización progresiva* de los sectores parroquiales.

2) *Una levadura*

Aquí aparece en toda su fuerza la misión de los laicos:

“Vosotros sois la Iglesia” (28). Por medio de ellos ha de realizarse la transformación de los ambientes temporales, (consecratio mundi).

Hay que evitar:

a) El peligro de una acción católica replegada sobre sí misma, sin proyecciones hacia los ambientes;

b) El peligro de una acción católica que no posee una visión cristiana del mundo temporal y de su misión en él. “No te pido que los saques del mundo...” (29).

Para un mundo adulto hay que formar un laicado espiritual y apostólicamente adulto.

Una parroquia sin una Acción Católica abierta y responsable, no será jamás una auténtica comunidad misionera.

Pero hay otras dimensiones de la vida humana que escapan a la acción parroquial (trabajo, relaciones sociales, distracciones, etc.).

(27) Pío XI.

(28) Pío XII.

(29) Jn. 17

Se necesita de una acción inter-parroquial (decanatos, vicarías foráneas) y supra-parroquial (ambientes sociales).

Es un grave error el pretender oponer lo parroquial a lo ambiental. Ambas actividades se complementan y son la expresión de la vida de la Iglesia. Como Pío XII decía, la interdependencia de la vida social moderna exige que existan acciones supra-parroquiales.

En síntesis, hay que hacer de la parroquia “una comunidad viva y operante” (30). Es decir, una comunidad que ora, una comunidad que enseña y una comunidad que irradia.

Al concepto burocrático de la parroquia —“oficina de lo espiritual”— hay que oponer el concepto orgánico, comunitario y misionero.

Es en esa forma cómo la parroquia cumple su misión de ser célula vital de la Iglesia, a través de la cual los hombres descubren la realidad viviente de la Iglesia y la función que en ella les corresponde.

XI.— *Acción del Párroco sobre las personas*

El Párroco actúa sobre las personas por medio de la comunidad, y sobre la comunidad por medio de las personas.

Esto exige:

1) Preocuparse especialmente de los militantes. La suerte de la parroquia depende en buena parte de ellos. Hay que:

a) *Escogerlos*, fijándose en sus cualidades humanas de jefes;

b) *Formarlos* en una iniciación de la vida teologal vivida en el mundo.

c) *Respetarlos*, no son simples ejecutores; tienen responsabilidad e iniciativas propias;

d) *Desarrollar* su competencia técnica.

Eso pide que el párroco viva en estrecho contacto con los movimientos apostólicos, especialmente la Acción Católica.

2) *Los practicantes*

a) Hay que formarlos a un cristianismo que se exprese en la vida;

b) *Mostrarles* el apostolado como desarrollo normal de la vida cristiana;

c) *Introducirlos* en la acción apostólica;

d) *Darles* el sentido de la comunidad parroquial, y, a través de ella, el de la Iglesia.

3) *Los no practicantes*

El párroco es un buen pastor: *conoce, alimenta, dirige, defiende*, y busca a sus ovejas.

Necesidad de una revisión pastoral para investigar por qué se han alejado algunos fieles (la mujer que perdió la dracma; *barrió su casa* para encontrarla). ¿No convendría hacer de cuando en cuando un barrido de métodos parroquiales para encontrar las almas perdidas?

(30) Pío XII.

¿No son eficaces nuestros métodos?
¿No les dimos suficiente alimento espiritual? etc.

4) Acción sobre los no católicos

Se necesita una pastoral de (caridad) "opendoor" para establecer un primer punto donde el no católico se encuentre con la Iglesia.

Tareas humanas comunes, como servicios. Una pastoral de caridad puede servir de base para, a través de ella, descubrir el rostro de la Iglesia.

Demos a la parroquia su verdadera fisonomía y su verdadera vida. Podemos repetir con el difunto Abad de María Laach, Dom Herwegen:

"Todos nosotros tenemos necesidad, en los duros tiempos que atravesamos, de nuevas fuerzas. Volvamos a las fuentes donde la Iglesia primitiva, dolorosamente perseguida, ha encontrado la fuerza del martirio; a las fuentes donde la institución monacal, en el fin del mundo antiguo, sacó nuevas fuerzas vitales".

-----:::-----

ADMINISTRACION DE SACRAMENTOS Y ARANCELES (VIII-1962)

Amados Sacerdotes:

La Asamblea Episcopal recientemente celebrada, prestó su aprobación al Plan Pastoral del Episcopado, actualmente en prensa, y que en cuanto aparezca se dará a conocer al Clero.

Fue opinión unánime de los Excmos. Prelados, cuidar con esmero, que jamás en la *administración de los sacramentos* o en otras funciones del culto, puedan aparecer separaciones odiosas o la apariencia de un interés económico. Sabemos bien que cualquier abuso o imprudencia en esta materia, sirve de pretexto para ataques a la Iglesia o para alejar a no pocos fieles.

Con este objeto, y en virtud del Derecho Canónico, nos reunimos los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago, bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Silva Henríquez, para acordar el proyecto de nuevos aranceles que deben regir en esta Provincia Eclesiástica.

Hubo acuerdo total de mantener el Proyecto de Nuevos Aranceles preparado por el Arzobispado de Santiago, con las observaciones que a continuación se expresan: